

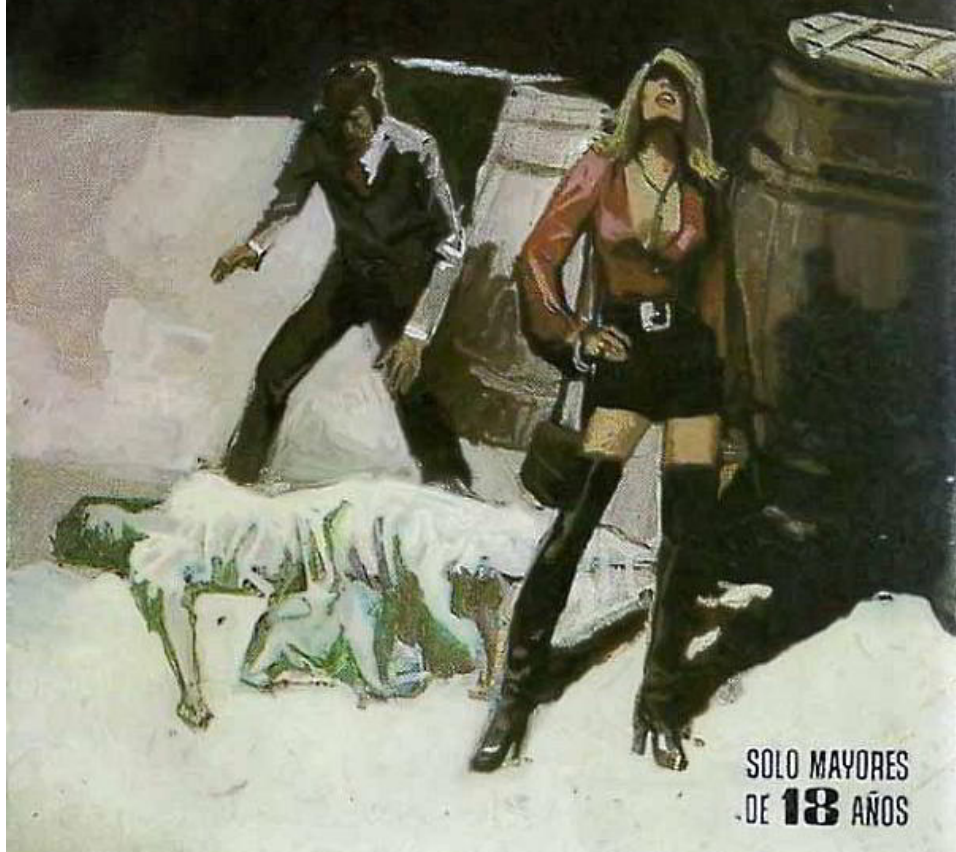
BOLSILIBROS
BRUGUERA

SERVICIO
SECRETO

SS

NO LLEVES
LUTO POR MI

*Lou
Carrigan*



SOLO MAYORES
DE 18 AÑOS

Fuera hada un frío tremendo. La maldita ola de frío que estaba asolando Europa. Y París no podía ser menos. Por doquier se veían las manchas de nieve. Mala noche para las busconas del Bois, por supuesto.

Howard Payne no debería estar allí, en París. Era jefe de zona de la CIA, con lo que, evidentemente, su estancia en París no podía sorprender a nadie. Pero no aquella noche. Aquella noche de espantoso frío él debía estar en otro lugar. Se suponía que estaba en otro lugar. Así que en su mente sólo había un pensamiento: cumplir su trato y marcharse cuanto antes. La zona de París de la CIA era muy grande, había muchos asuntos que atender, y aunque se las había arreglado para ir a París, debía regresar cuanto antes al lugar donde se suponía que estaba en aquellos momentos, porque...



Lou Carrigan

No lleves luto por mí

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1674

ePub r1.0

Lds 21.02.19

Título original: *No lledes luto por mi*

Lou Carrigan, 1982

Cubierta: Desilo

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

La cita era en el Bois de Boulogne, en el cruce de Allée des Fortifications y la Avenue St. Cloud, es decir, prácticamente frente a la entrada de la Place de la Porte de la Mouette, y Howard Payne llegó con cinco minutos de adelanto.

Estacionó el coche, apagó las luces y el motor, y encendió un cigarrillo. Luego miró su reloj. Más vale que sobre tiempo a que falte.

Fuera hada un frío tremendo. La maldita ola de frío que estaba asolando Europa. Y París no podía ser menos. Por doquier se veían las manchas de nieve. Mala noche para las busconas del Bois, por supuesto.

Howard Payne no debería estar allí, en París. Era jefe de zona de la CIA, con lo que, evidentemente, su estancia en París no podía sorprender a nadie. Pero no aquella noche. Aquella noche de espantoso frío él debía estar en otro lugar. Se suponía que estaba en otro lugar. Así que en su mente sólo había un pensamiento: cumplir su trato y marcharse cuanto antes. La zona de París de la CIA era muy grande, había muchos asuntos que atender, y aunque se las había arreglado para ir a París, debía regresar cuanto antes al lugar donde se suponía que estaba en aquellos momentos, porque...

La portezuela derecha del coche se abrió de pronto, y un hombre entró y se sentó junto a Howard Payne, causándole un gran sobresalto. Inmediatamente, metió la mano derecha bajo la axila izquierda, en busca de la pistola.

Y en ese momento reconoció al invasor de su coche: Rupert Warren, uno de los agentes de la CIA, con base en París.

—Maldita sea, Rupert —exclamó Payne—. ¡Me has dado un susto de muerte!

—Lo siento. Eso te pasa por llevar las puertas del coche abiertas.

En la penumbra del interior del vehículo, los dos hombres se quedaron mirándose. Howard Payne retiró lentamente la mano que ya había tocado la fría culata de la pistola. Rupert Warren sonrió. Sus dientes eran blancos, perfectos. Era siete u ocho años más joven que Payne, y bastante más atractivo. Tenía lo que las mujeres suelen llamar «encanto masculino».

—¿Se puede saber qué demonios haces aquí? —masculló Payne—. Deberías estar en otro lugar.

—Bueno —persistió en su sonrisa Rupert Warren—, tú también deberías estar en otro sitio, y estás aquí.

—Sí, pero yo...

De pronto, Howard Payne se dio cuenta de lo extraña que era la sonrisa de Rupert Warren. Era una sonrisa crispada, tensa... incluso un poco como siniestra. La alarma llegó demasiado tarde a la mente de Payne.

Justo en el momento en que se daba cuenta de lo extraño de aquella sonrisa, Rupert Warren disparaba con su pistola provista de silenciador, que rápidamente había apoyado en el pecho de su jefe y compañero de la CIA.

Los tres chasquidos sonaron como leves toses, y con cada uno de ellos Howard Payne profirió un fuerte quejido y se crispó, saltando en el asiento. El último quejido, en realidad, apenas se oyó... Fue más bien el último suspiro de un cadáver, ese último resto de aliento vital que se escapaba.

El cuerpo de Howard Payne se ladeó hacia su izquierda, quedando apoyado con el hombro y la cabeza en el frío cristal. Sus ojos estaban desorbitados, su rostro presentaba una mueca de dolor, de furiosa sorpresa. Rupert Warren se guardó rápidamente la pistola, metió la mano hacia el bolsillo interior de la chaqueta de Payne, y sus dedos tocaron la billetera, que desdeñó. Soltando una imprecación, retiró la mano, y la introdujo en el bolsillo del otro lado.

Allí sí estaba el sobre.

Lo retiró, se lo guardó en un bolsillo, y salió rápidamente del coche, cuya portezuela cerró. Con los cristales de las ventanillas empañados ligeramente, el coche quedó convertido en un frío ataúd. Rupert Warren aspiró hondo. Luego, se alejó rápidamente

hacia donde había dejado su coche, se metió dentro, y partió. En cuestión de segundos abandonaba el Bois de Boulogne.

Poco después, cruzaba el Sena por el Ponto de Passy, y enfilaba el bulevar de Grenelle. Diez minutos más tarde subía por bulevar des Invalides. Giró a la derecha, enfilando la rué Oudinot, y en ésta buscó un estacionamiento, sin grandes esperanzas. Pero lo encontró en la propia calle Oudinot. Salió del coche, lo cerró, y se metió en el edificio número nueve, a cuyo segundo piso subió, siempre rápidamente.

Entró, cerró tras él, encendió la luz, y se quedó allá de pie, plantado como un árbol. Estaba lívido. Durante unos segundos permaneció inmóvil. Luego, reaccionando con sobresalto, se adentró en el apartamento, directo hacia el dormitorio. Abrió el armario, sacó la maleta, y la colocó abierta sobre la cama.

«Maldita sea —pensó—, ¡debí ir allá con todo preparado para largarme!».

Pero el hecho cierto era que tenía que recoger sus cosas. Además, tenía tiempo. Estaba seguro de que nadie le había visto.

* * *

—¿Estás seguro de que era Warren?

Lettak, que conducía el coche, miró un instante de reojo a su compañero Kopff, sentado a su derecha.

—Los dos estamos seguros de eso, ¿no? —Gruñó—. De otro modo, habríamos salido tras él.

—¿Por qué lo habrá matado? —meditó Kopff.

—Payne no llevaba el material encima, de modo que podemos comprender fácilmente que Warren se lo ha quitado.

—Puede que el material esté en alguna parte del coche. Ni siquiera nos hemos asegurado de eso.

—Yo creo que se lo ha llevado Warren.

—Si es que era Warren —insistió Kopff en sus dudas.

—Lo era.

Quedaron los dos silenciosos, mientras Lettak conducía rápida y expertamente. Sí, los dos podrían jurar que era Rupert Warren el hombre que habían visto salir del coche de Howard Payne cuando ellos llegaban a la cita, puntuales. Lo habían visto meterse en su

coche y alejarse. Y convencido de que era Warren, compañero de Payne, había creído que habían estado juntos, simplemente, y que en aquel momento Warren se marchaba. Sin más.

Pero segundos más tarde habían encontrado muerto a Howard Payne, recostado en la portezuela, con los ojos abiertos. No podía estar más claro que Warren lo había matado.

—No lo entiendo —insistió Kopff—. ¡No entiendo por qué lo ha matado!

—Ya nos lo explicará.

—¿Y si no ha ido a su apartamento?

—Si no ha ido a su apartamento, volveremos al Bois y registraremos el coche de Payne, y luego buscaremos a Warren. Pero me parece que eso sería perder el tiempo. Ha tenido que matarlo por algo, ¿no? Y ese algo sólo puede ser el material que Payne iba a entregarnos.

—Estoy de acuerdo contigo.

—Pues ahora soy yo quien no entiende nada de nada. ¿Para qué puede querer Warren ese material que ya teníamos contratado con Payne?

—Ni idea. Pero ha matado a Payne para quitárselo, eso es seguro. Cuanto más lo pienso más me convenzo de ello. Oye, para un momento delante de esa cabina. Voy a llamar a Scorza y Dutreil.

—Es mejor que no perdamos tiempo.

—Será cuestión de unos segundos. Les diré que vamos a visitar a Warren, que se reúnan allá con nosotros. Si está pasando algo raro y Warren se pone tonto, cuantos más seamos mejor... para nosotros.

* * *

Con la maleta en la mano izquierda, Rupert Warren salió del dormitorio, se dio una pasada por el saloncito, y, en el momento en que se convencía de que no se dejaba nada importante, oyó, lejano, el rechinar de unos neumáticos. Se acercó rápidamente a la ventana, echó un vistazo a la calle, y vio el coche detenido en doble fila. Dos hombres se estaban apeando. No se veía a nadie más.

Rupert Warren apretó los labios, y se tocó con el codo el bulto de su pistola bajo el sobaco izquierdo. Bueno, podía perfectamente hacer frente a dos hombres. Y ellos lo sabían. Sabían muy bien que

no era ningún negocio buscarle las cosquillas a un agente de la CIA.

Aunque no había que precipitarse. Quizá aquellos dos hombres no tuvieran nada que ver con él, podían ser amigos de cualquier vecino del edificio, o de otro edificio cualquiera de la calle... De pronto, uno de ellos alzó la cabeza hacia la fachada, y Warren vio su rostro perfectamente a la luz del alumbrado público: Kopff.

Rupert Warren retrocedió, dejó la maleta en el suelo, y se quedó pensando desesperadamente. El sobre. Tenía el sobre en el bolsillo. Bueno, es cierto que uno no puede ponerse nervioso. Cuando uno se pone nervioso las cosas las hace rematadamente mal. Aquel maldito sobre...

Oyó otro frenazo. Se asomó, y vio otro coche detenido detrás del primero. Salieron dos hombres. Cuatro, ahora. Todos miraron hacia la fachada, y caminaron rápidamente hacia el portal. Iban a subir. Estarían allá en cuestión de segundos.

No tenía tiempo de nada.

De nada.

O casi de nada...

* * *

Los cuatro hombres subían rápidamente la escalera, casi en silencio. Apenas se oían sus respiraciones. En cabeza iba Kopff. En último lugar, Dutreil. En un momento estuvieron ante la puerta del apartamento de Rupert Warren. Lettak llamó.

El timbrazo se oyó claramente. Scorza se echó el aliento a las manos. Su gesto no podía ser más malhumorado. Estaba jugando a los naipes cuando recibió la llamada telefónica que le había puesto en movimiento. Dutreil se había tomado con más filosofía el asunto. Les pagaban muy bien, así que había que estar siempre dispuesto, eso era todo.

Lettak volvió a llamar, pero con el convencimiento de que Rupert Warren no tenía la menor intención de abrir, así que, al mismo tiempo, sacaba la pistola y se disponía a disparar contra la cerradura.

—Aparta —dijo Kopff—, yo abriré.

—Llevo silenciador, no se oirá el...

—Esto será suficiente —dijo Kopff.

Había abierto un estuche de piel donde llevaba varias llaves, y una ganzúa. Introdujo ésta en la cerradura, maniobró con rápida destreza, y el sencillo pestillo se abrió. Entraron los cuatro hombres como uno solo, armas en mano. Dutreil cerró. Se oyó el suave chasquido del pestillo.

No se oía el menor sonido en el apartamento.

—La luz está encendida —susurró Kopff—, de modo que él está aquí.

Lettak asintió, y comenzó a caminar hacia el interior del apartamento, sigilosamente, pistola por delante. Cada vez le gustaba menos lo que había hecho Rupert Warren.

Llegó a la puerta de la salita, giró, y se asomó cautelosamente.

Respingó fuertemente, se irguió, sus ojos expresaron el gran sobresalto, la gran sorpresa.

—¿Qué pasa? —Gruñó Scorza, colocándose a su lado.

También respingó. Un instante después, los cuatro hombres miraban incrédulos a Rupert Warren.

Estaba sentado en un sillón, con la cabeza calda sobre el pecho. Es decir, lo que quedaba de su cabeza, pues la mayor parte estaba esparcida alrededor de él, manchándolo todo de rojo y gris. En algunas manchas se veían pegotes de cabellos. El espectáculo era simplemente horrendo. La pistola con silenciador todavía estaba en la mano derecha de Rupert Warren, como soldada a sus crispados dedos.

—Pero... ¿qué demonios...? —jadeó Kopff.

—Se ha matado —dijo incrédulamente Lettak, que no conseguía reaccionar—. ¡Se ha matado!

El desconcierto era enorme en los cuatro hombres. Podían haber enfrentado sin pestañear cualquier cosa que Rupert Warren hubiera hecho, menos aquello. No conseguían asimilarlo.

Lettak sacudió la cabeza.

—Primero mata a Payne, y luego se suicida —murmuró—. ¡No logro entenderlo!

—Voy a ver si tiene el material —dijo Kopff.

Se acercó al cadáver, y lo registró con cuidado de no meter los dedos en ninguna de las numerosas manchas de sangre y masa encefálica.

—No lleva nada encima.

—Ahí hay una maleta —dijo Scorza—. Parece que se disponía a largarse. Voy a echarle un vistazo.

Agarró la maleta, la tiró sobre el sofá, y la abrió. Comenzó a sacar cosas, que desparramó rudamente a su alrededor. Con una pequeña navaja rasgó el fondo, buscó un posible doble fondo. No había doble fondo, ni se veía el material que buscaban por parte alguna.

—Quizá lo haya escondido en otro sitio —dijo.

—No —rechazó Lettak—. Si se disponía a marcharse debía querer llevarse el material, no lo iba a dejar aquí.

—¿Por qué no? Quizá pensó esconderlo en alguna parte segura y volver en otro momento a por él.

—No entiendo esto. Payne estaba conforme, nos lo iba a entregar. Payne y Warren trabajaban juntos para nosotros. ¿Por qué le ha quitado Warren a Payne el material que debía entregarnos hoy?

—Lo mejor será que lo busquemos por aquí —dijo Scorza—. No creo que venga nadie a molestarnos.

—Y será mejor para todos que encontremos ese material —dijo no poco preocupado Kopff—, a Franz no se le puede ir con tonterías.

—Busquemos —dijo Lettak—. ¿Qué es eso?

Dutheil, que había cogido una cuartilla de encima de una mesita baja colocada entre el sofá y dos sillones, la estaba contemplando con gesto perplejo. Parpadeó, y le tendió la hoja a Lettak, sin comentarios. Lettak leyó la frase.

Estaba escrita en inglés, y decía: NO LLEVES LUTO POR MI.

CAPÍTULO II

Clifford Payne llegó a París, procedente de Nueva York, en una tarde que era ya noche, encapotado el cielo y flotando en el aire un aliento gélido de presagio de nieve. El frío en el aeropuerto de Orly era sencillamente espantoso.

Cumplidos los trámites de entrada, y cuando Clifford comenzaba a pensar en las inconveniencias del viaje a la capital, un hombre alto, de cerca de cincuenta años, de cejas hirsutas y mirada penetrante, le abordó en el vestíbulo.

—¿Señor Payne?

Éste lo miró, directamente, con su mirada no menos penetrante, casi hostil. Clifford Payne, treinta y cinco años, metro ochenta y cinco, alto y atlético, parecía más inglés que norteamericano. Llevaba sombrero de copa redonda, gabán y paraguas. Tenía todo el aspecto de un eficaz, sobrio, imperturbable ejecutivo londinense.

—¿Quién es usted? —preguntó a su vez.

—Arnold Knowles, actual jefe de la zona de París de la CIA. Hasta hace tres días era el segundo jefe, a las órdenes de su hermano Howard.

—Siempre sale alguien ganando —dijo ásperamente Clifford—. O como suele decirse, a rey muerto rey puesto.

—Señor Payne, yo no tengo nada de rey —replicó sosegadamente Knowles—. Todo lo que hago es cumplir con mi trabajo: la plaza de jefe de zona no puede quedar vacía, y yo seguía a su hermano en el escalafón, eso es todo. Le aseguro que los cuatro centavos más que voy a ganar anualmente por mi nuevo puesto no me compensan en modo alguno de la pérdida de mi amigo Howard.

Clifford frunció el ceño, y, de pronto, casi consiguió una sonrisa como de disculpa.

—Señor Knowles, lo siento. No he pretendido molestarle.

—No lo ha hecho no se preocupe. Además, me hago cargo de su estado de ánimo. Me avisaron que venía usted a París, y me dieron instrucciones al respecto. ¿Puedo llevarle en mi coche?

—Se lo voy a agradecer.

Cinco minutos más tarde, los dos hombres estaban acomodados en el coche, tras colocar el equipaje de Clifford Payne en el maletero; una sola maleta y un maletín de viaje. Arnold Knowles emprendió camino hacia París. La visibilidad era mala.

—¿Qué instrucciones le han dado respecto a mí? —preguntó de pronto Clifford.

—Al parecer, en Langley piensan que usted viene a París dispuesto a complicar las cosas.

—¿Complicar las cosas? —exclamó Clifford—. ¡Ésta es buena! Asesinan a mi hermano, envían el cadáver a Estados Unidos, me avisan a Londres con el tiempo justo de ocuparme de su entierro, y cuando me intereso por lo sucedido dicen que pretendo complicar las cosas.

—Tengo entendido que trabaja usted en Londres, en una empresa angloamericana de maquinaria electrónica, como ejecutivo de alto nivel en el Departamento de Financiación.

—Así es.

—Bueno, señor Payne, yo diría que su clase de trabajo difiere notablemente del que hacía su hermano Howard, ¿no le parece? Quiero decir que es fácil comprender que usted no tendrá nunca la clase de accidente que ha sufrido su hermano.

—Escuche, señor Knowles, lo menos que puede hacer la CIA conmigo es darme una explicación satisfactoria. Y si ustedes no me la dan, yo voy a buscarla, eso es todo.

—Ésta es una cuestión interna de la CIA, señor Payne.

—Por eso mismo. Si me hubieran dicho que a mi hermano lo había matado cualquier espía supuestamente enemigo creo que habría comprendido mejor la situación, y habría dejado el asunto en manos de ustedes. Pero se me dio a entender precisamente eso, que era un asunto interno de la CIA. Entonces dije que puesto que la cosa no iba a trascender, quería una explicación, y me fue negada. Eso es lo que no entiendo. No quiero volver el mundo patas arriba. Sólo quiero saber qué es eso de una cuestión interna, y por qué

murió mi hermano.

Arnold Knowles asintió con un gesto, atento visualmente a la marcha.

—He recibido instrucciones en el sentido de darle explicaciones suficientes, señor Payne.

—¿De veras? —se sorprendió Clifford—. Pues no lo entiendo. ¿Por qué va a dármelas usted y me las negaron en Estados Unidos?

—Alguien ha pensado que tal vez sería interesante contar con su colaboración.

—¿Mi colaboración? ¿La mía? ¿Yo?

—Siempre será mejor eso que dejarlo suelto por ahí haciendo cosas que podrían resultarle peligrosas. Ya que de todos modos está usted dispuesto a remover el asunto, quizá sería mejor para todos que se moviera bajo nuestra dirección.

—No me gusta ser una marioneta.

—En esta clase de trabajo todos lo somos. Todos, se lo aseguro. Cada uno tiene una función que cumplir, y cuando no la cumple, pues... pasan cosas lamentables.

—¿Qué es lo que quieren de mí exactamente?

—Aprovechar su energía y su buena disposición a complicarse la vida. Voy a empezar por decirle quién mató a su hermano: fue un hombre llamado Rupert Warren, agente de la CIA, es decir, un compañero mío..., y de su hermano, claro está. Eso es lo que nosotros llamamos un «asunto interno».

—De modo que se trata de eso —susurró Clifford—. ¡Un maldito traidor! Bueno, ¿qué ha dicho ese sujeto? ¿Por qué mató a mi hermano?

—Ese sujeto no ha dicho nada. Bueno, dijo algo que para nosotros no tiene sentido. Es decir, lo dejó escrito.

—¿Un mensaje? ¿Qué decía?

—*Decía exactamente*: no llores luto por mí.

El desconcierto de Clifford Payne fue tan ostensible que Knowles lo captó sin necesidad de mirarlo.

—¿Qué significa? —preguntó por fin Clifford.

—No tenemos ni idea. Bueno, tenemos una, pero no aclara nada en absoluto. Verá, señor Payne, nosotros sabemos que su hermano fue hallado muerto dentro de su coche en el Bois de Boulogne, a eso de las diez de la noche, por una prostituta. Hacía un frío de mil

demonios, pero esas chicas tienen una tenacidad admirable. Bueno, la muchacha en cuestión vio el coche allí parado, divisó a través de los cristales empañados la figura de un hombre, y creyó que podía ser un cliente a la espera de agradable compañía. Se metió dentro del coche..., y a los pocos segundos se dio cuenta de que estaba hablándole a un cadáver. La muchacha salió del coche, llamó por teléfono a la Policía, y le dijo lo que había allí.

—Tal vez ella viese a alguien que...

—No, no vio nada. Lo dijo bien claramente por teléfono. Se limitó a avisar. Y colgó.

—¿Quiere decir que no saben quién es?

—Ni falta que hace. Esa muchacha no tiene nada que ver con el asunto. Nos hizo un favor, eso es todo. Una de esas llamadas anónimas útiles y respecto a las cuales no hay que buscar complicaciones. Sin embargo, nos fue muy útil, porque a las pocas horas nosotros nos hacíamos cargo del cadáver de su hermano, sin que la noticia hubiera trascendido más allá de lo que pudiera decir la prostituta a sus amistades. Es claro que nosotros, al encontrar muerto a nuestro jefe de zona, comenzamos a movilizar a todo el personal.

Uno de los agentes, Rupert Warren no contestaba al teléfono, de modo que un compañero fue a buscarlo a su apartamento...

—¿Y se encontraron con que había desaparecido?

—No, señor Payne. Estaba allí, en su apartamento, en el saloncito, sentado en un sillón. Se había volado media cabeza de un disparo. Sobre una mesita había una nota escrita con mayúsculas, que fueron identificadas como de su puño y letra. La nota decía eso: no llores por mí. Poco después, comprobábamos que en la pistola de Rupert Warren faltaban cuatro balas. Era una suma fácil: tres para Howard Payne y una para él. Las balas fueron retiradas del cadáver de su hermano, se hizo una comprobación balística, y la cosa no pudo ya presentar dudas: Rupert Warren había matado a Howard Payne, había regresado a su apartamento, y allí se había pegado un tiro en la cabeza, muriendo en el acto, naturalmente.

—Francamente, no lo comprendo.

—Nosotros tampoco. Pero hay dos detalles que nos hacen comprender que la cosa no fue así de simple. Uno de esos detalles es la nota que le he mencionado. El otro detalle es que todo el

apartamento de Rupert Warren estaba revuelto. Alguien lo había registrado a conciencia de arriba abajo, sin dejar un solo rincón.

—O sea, que buscaban algo.

—Es evidente.

—¿Y qué podría ser?

—Caramba, señor Payne, ésa es una buena pregunta.

—No tienen ni idea, vamos.

—Ninguna. Mire, se pueden hacer mil cábalas respecto a lo sucedido, como por ejemplo, que alguien mató al hermano de usted con la pistola de Rupert Warren y que luego mató a éste preparando las cosas de modo que pareciera un suicidio. Como esta hipótesis, mil más. Pero nosotros creemos que las cosas no están tan complicadas. O sea, creemos que Rupert Warren mató a Howard Payne, se fue a su apartamento para recoger sus cosas y largarse..., y entonces sucedió lo demás: escribió la nota, se pegó un tiro eh la cabeza, su apartamento fue registrado. Estos tres puntos convendría que fuesen aclarados. Y si conseguimos eso, el asunto tal vez resultase finalmente comprensible.

—¿Y creen que yo puedo hacer algo en ese sentido? Francamente, empiezo a darme cuenta de que no es tan fácil.

—No, no lo es. ¿Recibió usted últimamente alguna carta de su hermano, una postal quizá?

—No. Nos veíamos con cierta frecuencia, cuando yo venía a París o él iba a Londres. No acostumbrábamos escribirnos.

—Según parece, Rupert Warren sí escribía a alguien.

—¿Se refiere a la nota?

—Claro. Pero no fue enviada. Ni parece que ésa fuese la intención de Warren. Simplemente, la nota estaba allí. Como es natural, pensamos en seguida que iba dirigida a algún familiar... ¿Quién, si no un familiar, podría ponerse luto por nosotros?

—Claro... Sí. ¿Y no tiene familia?

—Una hermana —suspiró Knowles—. Al igual que usted, ella fue avisada, naturalmente. También ha enterrado a su hermano en Estados Unidos. Y al parecer va a llegar mañana a París.

—¿Con qué objeto?

—Tenemos entendido que piensa hacerse cargo de las pertenencias de su hermano: una maleta con ropa, algunos libros, algún cuadro tal vez, cosas así.

—¿Y para eso viene a París?

—Eso dice ella. Debe ser una muchacha muy sentimental. ¿Ha reservado usted habitación en algún hotel?

—Sí. Escuche, Knowles: ¿me está usted... sugiriendo que yo intente enterarme de los verdaderos motivos del viaje de esa muchacha?

—Señor Payne, por más que hemos buscado no hemos encontrado más familiar de Rupert Warren que ella, así que la nota tiene que estar dirigida a ella. Cuando le fue mostrada y entregada en Estados Unidos ella dijo que no lo entendía. Naturalmente, nosotros buscábamos algún sentido a esa nota, un mensaje, una clave. La señorita Warren asegura que no tiene ni idea, que no comprende nada. Sin embargo, ella viene a París, y quiere llevarse las cosas de su hermano...

—¿Entre las cuales quizá está lo que alguien estuvo buscando en el apartamento de Rupert Warren?

—Podría ser.

—¿Y la nota podría ser una clave para que la señorita Warren encontrase lo que sea?

—Podría ser.

—¿Y usted cree que si fuera así esa señorita me lo iba a decir a mí? Vamos, señor Knowles: ¡soy hermano del hombre que mató el hermano de ella!

—Pero ella no lo sabe, señor Payne. Ni siquiera le conoce.

—Fantástico —casi sonrió Clifford—. ¿Debo convertirme en un espía, utilizar nombre falso y todo eso?

—Sus facultades de comprensión son muy rápidas, señor Payne.

—Le diré una cosa: con lo guapo que soy si tuviera talento de actor ya lo sería. Entiéndalo, jamás he fingido.

Arnold Knowles también se permitió una leve sonrisa.

—En efecto, es usted guapo, señor Payne. Con eso contamos. Se nos ha ocurrido que para usted no debe ser precisamente difícil interesar a una mujer.

—En este caso, el esfuerzo que me piden es excesivo: esa mujer es hermana del hombre que mató a mi hermano.

—Precisamente. ¿Por qué ocurrió eso? ¿Lo sabe ella? ¿Qué significa realmente eso de «no llores por mí»? Aparte, claro está, de que todos pensamos que ella puede venir a París no a

recoger una maleta con ropa y unos libros, sino lo que buscaban quienes registraron el apartamento de Rupert Warren.

—Claro. ¿Qué podría ser eso?

—Lógicamente, aceptando las circunstancias que definen a Rupert Warren como un traidor, tiene que ser algo que nos quitó a nosotros, a la CIA, posiblemente con intención de venderlo a alguien. Pero su hermano se dio cuenta, lo siguió, lo vigiló..., y Warren lo mató.

—Hasta aquí lo entiendo —dijo secamente Clifford—. Pero... ¿por qué habría de suicidarse luego?

—Ya no sabemos tanto, señor Payne. Pero tal vez la señorita Warren sí lo sabe. Tenemos esa esperanza.

—Entonces ¿por qué no la han interrogado?

—No podemos interrogar con la... eficacia necesaria a una ciudadana norteamericana por el simple hecho de que su hermano se haya suicidado tras hacer algo de lo que ella no tiene culpa alguna. Nos parece mejor el sistema... amable.

—Vamos, que tengo que enamorarla, o poco menos.

—No creemos que eso le resulta especialmente repulsivo.

Diciendo esto, Arnold Knowles sacó un sobre de un bolsillo, y lo tendió a Clifford. Éste sacó del sobre las fotografías, encendió la luz del techo del coche, y se dedicó a mirarlas, mientras Knowles le miraba a él de reojo, espiando su reacción. No hubo reacción visible alguna, pero lo cierto era que Clifford Payne estaba impresionado. La muchacha era rubia, de grandes ojos verdes, frente despejada. Nariz correcta, boca muy bonita, con el labio superior ligeramente alzado por el centro formando una mueca encantadora. Un hoyuelo vertical en la barbilla terminaba de darle un aspecto de lo más atractivo y encantador.

—Es preciosa —murmuró por fin Clifford—. Y parece muy inteligente.

—A veces el exceso de inteligencia nos impulsa a cometer errores creyendo que los demás no están a nuestra altura y por tanto no los descubrirán nunca. Ojalá nos estemos equivocando con la señorita Warren, pero, francamente, nos gustaría estar seguros de que ella no nos está engañando.

—¿Qué debería hacer yo? —preguntó Clifford, sin dejar de mirar las fotografías.

—Si se presenta usted con su verdadero nombre, la fastidiamos, porque ella se cerrará como una ostra. Así que tendremos que elegir un nombre cualquiera. ¿Qué nombre le gustaría?

—¿Qué más da?

—¿Le gusta el de Anthony Lambert? Tony Lambert. Suena bien. Y además disponemos de un pasaporte con ese nombre al que sólo habrá que añadirle su fotografía.

—¿Tienen ustedes fotografías mías?

—No, pero podemos tomarlas esta misma noche. Eso, señor Payne, son cuestiones técnicas que no representan problema alguno para nosotros. También le tenemos preparado un apartamento a ese nombre, de modo que deberemos can celar su reserva de hotel. Nada complicado.

—Según parece, ustedes contaban con que yo iba a aceptar.

—Usted es norteamericano, y un traidor ha matado a su hermano. No nos pareció descabellado que aceptase. Se nos ha ocurrido que podría usted presentarse como un amigo personal de Rupert Warren, por supuesto no relacionado con la Cía. Un amigo particular, lo que esperamos le proporcione las simpatías de la señorita Warren.

—Todo muy bien pensado.

—Creemos que sí. ¿Acepta usted, señor Payne?

—Sí. Pero si fracaso no digan que soy tonto. Simplemente éste no es mi trabajo.

—Seríamos comprensivos. Bien, creo que procede ir al lugar donde le prepararemos su pasaporte y le ampliaremos los detalles que usted juzgue convenientes. Mañana podrá hacer contacto con la señorita Warren, en el apartamento de Rupert Warren. A propósito, ¿no tiene usted interés por ir al apartamento de su hermano? Tal vez, como la señorita Warren, usted también quiera recoger algunas cosas, recuerdos personales, algún objeto.

—No recuerdo nada especialmente interesante del apartamento de Howard. Siempre me pareció demasiado impersonal.

—Sí, eso nos sucede a la mayoría de nosotros: vivimos un poco... artificialmente. No se puede decir que tengamos lo que se llama un hogar. De todos modos quizá encuentre algo que valga la pena.

—Lo dudo, pero no tengo inconveniente en ir allá a echar un

vistazo. Quizá últimamente Howard adquiriera algo interesante.

—Podría ser. Tengo la llave de su apartamento. Le esperaré en la calle mientras usted echa un vistazo.

—Es usted muy discreto, señor Knowles.

—Bueno, ser espía no significa forzosamente carecer de tacto y consideración. En mi opinión, lo peor de ser espía es que uno nunca se fía de nadie, y llega el momento en que adquiere algo así como una paranoia galopante. ¿No notó en su hermano nada en ese sentido?

—Pues ahora que lo dice, sí. Últimamente su carácter se iba... deteriorando, diría yo.

—Ahí tiene. ¿Me devuelve las fotografías?

Clifford miró por última vez las fotografías de la señorita Warren, y las devolvió, preguntando:

—¿Cómo se llama?

—Pamela.

—¿A qué se dedica?

Knowles torció una extraña sonrisa, como si quisiera enviársela a Clifford Payne.

—Es profesora de karate en un club deportivo de Nueva York.

—¡Demonios!

—Por eso pensamos que será conveniente para usted que se gane sus simpatías —terminó de sonreír Knowles—. Bueno, luego le daremos más detalles sobre la señorita Warren..., aunque poco más hay que contar. Una de esas muchachas libres, desenvueltas, segura de sí misma... y con un gran carácter, señor Payne. Sobre todo, no olvide esto.

—Tengo la impresión de que me van a encerrar en una jaula con una leona.

—Tal vez. Pero bastará que no haga enfadar a la leona. Bueno, *voilà París*. Estaremos en unos minutos en el apartamento de su hermano.

—Ya lo sé. He estado allí muchas veces, y además conozco muy bien París.

—Naturalmente, por el lado bueno. El amable.

—Supongo que sí. Ciertamente, cuando vengo aquí no lo hago para pasarlo mal.

—Le envidio.

Diez minutos más tarde, Arnold Knowles detenía el coche frente a un edificio de no menos de quince pisos en el bulevar Jourdan, y entregaba unas llaves a Clifford, que se apeó y se dirigió hacia la entrada.

CAPÍTULO III

Quince minutos más tarde, Clifford Payne salía del edificio, y se metía en el coche. Knowles puso el motor en marcha.

—He avisado de que vamos al apartamento que usted va a ocupar, para que preparen allá lo de las fotos y el pasaporte. ¿Ha encontrado algo que le interese, señor Payne?

—He separado algunos libros, un cuadro y algunas cosas personales. Las recogeré cuando me disponga a regresar a Londres.

—Muy acertado.

Casi media hora más tarde, Knowles detenía de nuevo el coche. Se apearon los dos, Clifford se hizo cargo de su equipaje, y entraron en un modesto edificio de cuatro pisos en la rue Monceau, frente al Pare Monceau.

Subieron a pie al tercer piso, y Knowles llamó a la puerta señalada con el número 2. Un hombre alto y rubiales abrió la puerta, asintió al ver a Knowles, y se apartó. Fueron los tres hacia la salita, donde había dos hombres más, uno de ellos con una cámara fotográfica en las manos, Knowles no hizo presentación alguna.

—Veamos qué tiene en su maleta, señor Payne —dijo.

—¿Mi maleta? ¿Por qué?

—Porque no le vamos a tomar fotografías vestido así, como un elegante caballero. Creemos oportuno que su aspecto sea más informal, un tanto deportivo. Y tendrá que des peinarse un poco. Se le ve demasiado serio.

Clifford encogió los hombros, y abrió su maleta. Knowles torció el gesto cuando hubo revisado su contenido.

—Todo es demasiado elegante y de excesiva calidad. Temo que deberemos alterar un poco eso. Les conseguiremos esta misma noche ropa adecuada. Usada, claro está.

—Espero que al menos no huela mal —refunfuñó Clifford.

—Uno de nuestros compañeros es de su talla. Y según nuestros informes se ducha diariamente. Le traeremos algunas cosas, y por la mañana tendrá más. En cuanto a sus pertenencias, admitiendo la posibilidad de que en determinado momento la señorita Warren venga aquí, será mejor que nos las llevemos. Si no le molesta, claro.

Clifford Payne fue mirando uno a uno a los hombres allí reunidos. El único que sostuvo su mirada sin pestañear fue Knowles, que terminó por esbozar una sonrisa.

—Me parece que la idea no acaba de gustarle, señor Payne.

—Lo que no acaba de gustarme es que ustedes quieren registrar a fondo mi equipaje y las ropas que llevo puestas en este momento.

—¿Registrar? —Alzó las tupidas cejas Knowles—. Vamos, vamos, ¿de qué está hablando?

—Si hubiera recogido algo del apartamento de Howard se lo habría dicho. Pero lo que le dije fue que había apartado algunas cosas para llevarme a mi regreso a Londres.

—En ningún momento se me ha ocurrido otra cosa. Sólo se trata de que cuando usted diga a cualquiera que es Tony Lambert nadie pueda encontrar ningún detalle contradictorio, ni en su persona ni en este apartamento si trae a alguien.

—Supongo que se refiere a la señorita Warren. Pues bien, mi opinión respecto a ella, y a otras como ella, es que son poco femeninas, así que dudo que se produzca entre nosotros esta clase de relación. Ni siquiera me sorprendería que esa jovencita sea lesbiana. O quizá algo todavía peor: podría ser frígida.

—Señor Payne —sonrió Knowles—, el hecho de que la señorita Warren sea una deportista no me parece suficiente para decir todo eso de ella. Se puede ser experta en karate y ser toda una mujer, ¿no le parece?

—Ya veremos qué tal es esa señorita Warren.

* * *

La señorita Pamela Warren no sólo era preciosa de rostro, sino que tenía un cuerpo sencillamente espléndido. No hace falta decir más. Y eso, con la trinchera puesta. Habría que verla a cuerpo limpio, y no digamos desnuda.

Llegó al día siguiente, hacia las once de la mañana, a la rué Oudinot, en un taxi que la había transportado directamente desde Orly. Llevaba sólo una maleta y un maletín de viaje, lo que hizo pensar a Tony Lambert que era una coincidencia con él mismo. La vio apearse del taxi y entrar en el edificio número nueve. La mañana era fría, y de cuando en cuando, desde el sombrío cielo caían, lentamente, unos diminutos y fríos copos de nieve, duros y compactos.

Tony Lambert, vestido con descuido y con una vieja trinchera protegiéndolo de la humedad, esperó diez minutos antes de entrar en el edificio. Subió al piso donde estaba el apartamento de Rupert Warren, y llamó a la puerta.

A los pocos segundos, Pamela Warren abrió. Se había quitado la trinchera, y su cuerpo quedaba magníficamente moldeado por el traje de punto de color azul. Era sensacional. Sen-sa-cio-nal. Y punto. Su rostro resultaba todavía más hermoso al natural que en fotografías. En la tersa frente se formaron unas leves arruguitas al alzar ella las cejas. Sus ojos eran una maravilla.

—¿Sí? —inquirió amablemente—. ¿Qué desea?

—Estoy seguro de no haberme equivocado de apartamento —murmuró Tony Lambert—. ¿No está Rupert?

—No —susurró la muchacha—. No está.

—Comprendo. Bueno, sólo quería charlar con él un par de minutos... No les entretendré demasiado.

—Le he dicho que no está.

Ya. En ese caso quizá podría indicarme dónde encontrarlo. Hace días que trato de ponerme en contacto con él, y...

—El señor Warren falleció.

—¿Qué? Pero... ¿qué dice usted?

—¿Era usted amigo de él?

—Naturalmente. Oiga, si es una broma...

—Pase, por favor.

La muchacha cerró la puerta cuando Tony Lambert hubo entrado. Éste miró hacia el fondo del apartamento, y luego los verdes ojos que le contemplaban con suma atención.

—Me parece que no es una broma —murmuró Tony—. ¿Qué pasó? ¿Cómo..., cómo ha muerto? ¿Cuándo?

—Hace casi cinco días. Tuvo un accidente... Un accidente de

coche, fuera de París. Ya está enterrado en Estados Unidos.

Por todos los demonios... ¡Ya decía yo que algo extraño estaba ocurriendo! Oiga, ¿quién es usted?

—Pamela Warren. Soy hermana de Rupert.

—Ah. Encantado... No, no, quiero decir lo siento... Y también encantado. Bueno, lo que quiero decir...

—Ya le he entendido, no se preocupe, señor..., señor...

—Soy Tony. Tony Lambert... Quizá Rupert le habló de mí alguna vez.

—Me temo que no.

—Ya. Sí, claro... Bueno, tampoco me habló a mí de usted. Nunca me dijo que tuviera una hermana en París.

—No vivo en París, sino en Estados Unidos. He venido solo a recoger algunas cosas de Rupert... Bueno, no sé, me pareció que debía venir a ver esto, y llevarme algún recuerdo de él.

—Sí, es natural. Oiga, no me tome por un fresco, pero... ¿no tendría algo de beber? La noticia me ha dejado helado.

—Hace unos minutos nada más que he llegado, y no sé... Pero podemos buscar los dos, señor Lambert. Yo también tengo frío. La calefacción estaba apagada, y todavía no ha caldeado el ambiente. Venga, por favor.

Recorrieron el corto pasillo. Cuando entraron en la sala, Tony Lambert quedó como clavado de pies al suelo, y su boca se abrió en un gesto de estupefacción.

—Pero... ¿qué ha pasado aquí? —exclamó.

—Todo el apartamento está igual —dijo Pamela Warren, mirándole siempre con gran atención, directo a los ojos—. Ya me lo advirtieron las personas para las que mi hermano trabajaba. Bueno, supongo que aquello es un mueble bar.

Pamela había dejado de mirar a Tony. Se dirigió hacia el mueble señalado, del cual sacó un par de botellas. Miró a Tony, que a su vez estaba mirando boquiabierto los destrozos y el tremendo desorden que había en todas partes. Incluso se veían algunos trozos del empapelado de la pared despegados de ésta.

—¿Whisky o coñac? —preguntó Pamela.

—Whisky. A ver si lo he entendido: ¿ha encontrado usted el apartamento tal como está ahora?

—Así es. Lo único que he hecho ha sido llevar mis cosas al

dormitorio desocupado, y darme una vuelta por aquí. Todo está igual, ya se lo he dicho.

—¿Quién ha hecho esto?

—No lo sé. ¿Y usted?

—¿Yo? ¿Me pregunta si yo sé quién ha hecho esto?

—Le he hecho la misma pregunta que usted a mí, señor Lambert. Y se me ocurre ahora que quizá usted podría saber lo mejor que yo, ya que vive en París y era amigo de mi hermano.

—Precisamente. Esto no lo ha hecho un amigo, ¿no le parece?

—Supongo que no. —Pamela se acercó con dos vasos, y tendió uno a Lambert—. Evidentemente, alguien vino aquí a robar.

—¿A robar? Bueno, pues sólo le faltó levantar el mosaico para ver si Rupert tenía debajo algún calcetín con dinero dentro. Creo que vinieron a buscar algo. Algo concreto que Rupert podía haber escondido muy bien. Sí..., ¡claro que tuvo que ser eso!

—¿Por qué está tan seguro?

—Bueno... Esas personas para las que su hermano trabajaba..., ¿sabe usted quiénes son?

—¿Y usted, lo sabe?

—Es usted dura de pelar, ¿eh? —sonrió de pronto Lambert—. Sí, yo sí lo sé, en efecto.

—Pues dígamelo, señor Lambert, a ver si nuestras informaciones coinciden.

—La CIA. ¿Coinciden?

—Sí. ¿No es usted de la CIA?

—¿Yo? Claro que no.

—Pero sabe que mi hermano sí lo era, ¿verdad? ¿Se lo dijo él?

—Claro. De cuando en cuando yo le hacía algún pequeño... trabajillo. Cosas que requerían discreción absoluta, no sé si me entiende.

—¿Trabajos sucios?

—Tal vez. ¿Usted también trabaja para la CIA, entonces?

—No. Yo soy profesora de karate.

—No me diga.

—¿Quiere que le haga una demostración?

—Mejor que no —gruñó Tony—. De todos modos, eso no significa que usted no trabaje para la CIA.

—Piense lo que quiera.

—Es que si no trabaja para la CIA quizá podríamos entendernos.

Pamela Warren se quedó con el vaso en alto, mirando siempre fijamente a Tony Lambert. Terminó por beber un sorbo de *whisky*, y preguntó:

—¿En qué podríamos entendernos?

—Hace días que Rupert tenía que entregarme algo. No llegó a la cita, no contestaba el teléfono... Finalmente, me he decidido a venir a verle. Estaba merodeando por aquí, vi luz en la ventana..., y aquí estoy. Creí que era él.

Pamela se acercó a la ventana. El día seguía igual, sombrío. Tanto que era indispensable la luz dentro de las viviendas. Estuvo mirando al exterior diez o doce segundos, antes de volverse y preguntar:

—¿Qué tenía que entregarle mi hermano?

—No lo sé.

—Supongamos que se tratase de un paquete de cigarrillos... ¿Qué habría hecho usted con él?

—Darle curso. Como siempre.

—Ah. ¿Lo habían hecho otras veces?

—El negocio era bueno. Y mi porcentaje también.

—¿Y qué curso habría dado usted al paquete de cigarrillos? Lo habría entregado a alguien, supongo.

—Usted quiere saber demasiado. O quizá lo sabe todo ya... ¿Rupert nunca le habló de nada de esto?

—No recuerdo.

—Oiga, para mí está claro como el agua que su hermano estaba engañando a la CIA, ¿comprende? Y recibía buenas cantidades por ello. No me diga que usted no sabía nada de esto.

—¿No está usted hablando demasiado, señor Lambert?

—Claro que no. ¿Acaso va a irles con el cuento a la CIA? ¿Va a ir a decirles que su hermano era un cochino traidor? ¿Eh?

—No me gusta su modo de hablar.

—Bueno, no he venido aquí a maravillarla. Escuche, si se han cargado a Rupert... Porque eso del accidente no me lo creo ni loco, ¿comprende? Si se lo han cargado, digo, adiós negocio. Pero quizá usted y yo todavía podamos sacar la última tajada. Alguien vino aquí a buscar algo. Y quizá no lo encontró. Así que si lo encontrase usted todavía podríamos hacer el negocio.

—¿Qué podríamos encontrar aquí? Después de esto...

—Se me ocurre que quizá su hermano escondió bien el... paquete de cigarrillos.

—Supongamos que fue así. Y supongamos que lo encontramos. ¿A quién se lo entregaría usted?

—A nadie en concreto. Siempre lo dejo en determinado lugar, paso diez minutos más tarde, y allá está el sobre con el dinero. No falla nunca. La última vez fueron cien mil. No está mal, ¿eh?

—Cien mil... ¿qué? ¿Francos?

—Dólares, jovencita, dólares.

—Ah. Entonces no está mal, desde luego.

—Podríamos hacer *fifty-fifty*, esta vez.

—De modo que el cincuenta por ciento.

—Si volvieran a pagar cien mil, no estaría mal. Regresaría usted a casa con cincuenta mil pavos. Y libres de impuestos. Porque no creo que le fuese con todo este cuento a la CIA, ¿verdad?

—Claro que no. Y no me ha gustado nada enterarme de eso sobre mi hermano.

Bueno, la vida es así. No todos somos inmaculados, ¿sabe? Bien... ¿hacemos el trato?

No sabría ni por dónde empezar a buscar.

Vamos, vamos... Se me ocurre algo: ¿no le dejó su hermano algún mensaje, no le escribió, o la llamó...? En fin, algo.

No. Nada de nada.

«Te pillé —pensó en el acto Clifford Payne—. Ahora sé que estás mintiendo. Te dejó un recado, querida: no llores por mí. ¿Por qué no lo dices?».

—Bueno, entonces quizá Sería buena idea que nos pusiéramos a buscar. Si se lo llevaron, pues mala suerte.

Señor Lambert, ¿no se le ha ocurrido que la CIA, sabe que estoy aquí y que puede venir en cualquier momento?

¿Y qué? Todo lo que tenemos que decir es que soy amigo de Rupert, y que hemos simpatizado. ¿Qué tendría de extraño?

—Supongo que nada. Bueno, no sé... ¿Se le ocurre a usted cómo podemos enfocar el asunto? Quiero decir que quizá sus ideas sean más claras que las mías al respecto. ¿Por dónde empezaría a buscar?

—Pues no lo sé, pero como tenemos tiempo... Tenemos toda la noche por delante..., quiero decir, el día. ¡Con este maldito tiempo

no sabe uno si es de noche o de día!

—Pues es de día.

—Sí. Bueno, ¿qué? ¿Hacemos el trato?

—Mi deseo es que se equivoque usted, y que mi hermano no estuviera haciendo esas cosas. Supongo que el mejor modo de convencerme es buscar ese teórico paquete de cigarrillos. Y ojalá no encontremos nada. Pero puede usted empezar cuando guste. Mientras tanto, yo iré a comprar algunos víveres. No hay casi nada en la cocina.

—¿Habla usted francés?

—Muy mal, pero puedo arreglármelas. ¿Por qué?

—Porque quizá sería mejor idea que yo fuese a comprar los víveres y usted buscase.

—A mí me parece más práctico que vaya yo a comprar, y que usted busque, pues lo hará mejor. Y yo compraré...

Sonó el timbre de la puerta. Pamela y Tony se quedaron mirándose. El timbre volvió a sonar.

—Maldita sea —susurró Tony—. ¡Debe ser la CIA!

—¿Y por qué se preocupa? —sonrió Pamela—. Ya sabemos lo que tenemos que decir, ¿no? Voy a abrir.

Salíó de la sala. Desde ésta, Tony Lamben oyó su voz en el pequeño recibidor. Y en seguida oyó otra voz de mujer. Así pues, no era la CIA. ¿Quién podría ser? Intentó escuchar, pero no distinguía las palabras.

¿De modo que ningún mensaje? La señorita Warren le había mentido, lisa y llanamente. Y lo mismo respecto a la muerte de su hermano. ¡Un accidente de coche! Bueno, respecto a esto quizá la CIA le había mentido... piadosamente. ¿Por qué decirle que su hermano se había pegado un tiro en la cabeza? Debían haberse llevado el cadáver de allí sin que nadie se enterase. Todo muy discreto. Luego, quizá habían simulado el accidente. Pero lo seguro era que el escándalo no había trascendido, nadie se había enterado de nada. Todo lo demás, quizá algunas personas echasen de menos al señor Warren, el americano. Pero éste podía estar de viaje, ¿no? Así de simple. Y luego, el olvido total...

Oyó la puerta cerrarse, y acto seguido el taconeo de Pamela Warren, que apareció en la sala cargada con un paquete envuelto en papel fino.

—¿Quién era? —preguntó Tony.

—La vecina del apartamento contiguo. Dice que ha oído voces, y que por eso ha venido. He preferido decirle que Rupert está fuera de París por una temporada, y que mientras tanto yo he decidido pasar unos días aquí.

—Muy discreto. ¿Qué es eso? —señaló Tony al paquete.

—Ropa de Rupert. Es evidente que se entendía muy bien con su amable vecina.

—¿Quiere decir...?

—No, no, nada de eso. Una señora algo mayor, muy amable, muy simpática. Parece ser que ella y Rupert congeniaban mucho. Tanto, que la buena mujer, se ofreció a lavar sus camisas y otras prendas menores, para ahorrarle molestias de lavandería y cosas de ésas. De cuando en cuando, Rupert le hacía algún pequeño y simpático regalo.

—Ya. Bueno, dejemos eso y...

—Espere un momento. ¿No quiere saber más cosas sobre eso?

—¿Tienen importancia?

—Le diré lo que me ha dicho esa buena mujer. Rupert hacía un paquete con su ropa sucia, salía a la galería interior, y tiraba el paquete a la galería de la vecina. Ésta lo recogía, lavaba la ropa, y o bien venía a traérsela a Rupert, o bien él pasaba por la noche a recogerla, tomaban un café, charlaban... La vecina dice que como no oía a Rupert estos días, ni él iba a recoger su ropa, ya había supuesto que estaba fuera de París. Y al oír una voz de hombre a través de los tabiques, ha pensado que era él. Y ha venido a traer la ropa.

Tony Lambert parpadeó.

—Bueno, ¿y qué? —Se impacientó.

—Pues que no ha traído la ropa solamente —dijo Pamela, dejando el paquete sobre el sofá—. Me ha entregado esto, que dice que Rupert debió envolverlo con la ropa distraídamente.

Se volvió hacia Lambert, mostrando el sobre que acababa de retirar del paquete.

CAPÍTULO IV

Tony Lambert quedó tan sorprendido que no acertó a reaccionar hasta transcurridos unos segundos, durante los cuales Pamela Warren se limitó a mirarlo con aquella fijeza profunda.

—Ese sobre... ¡podría ser lo que estamos buscando! —exclamó de pronto—. ¿Qué contiene?

—Todavía no lo he mirado. Está cerrado.

—Démelo. Yo lo abriré... ¿Qué pasa ahora?

Lambert se había acercado a Pamela, pero ésta retrocedió, apretando el sobre contra su pecho.

—Creo que no debemos ni siquiera abrirlo —murmuró—. Debemos entregárselo a la CIA.

—Vamos, no diga tonterías. Estoy seguro de que con el contenido de ese sobre la CIA tendría más que suficiente para convencerse de que su hermano era un traidor. ¿Es eso lo que quiere? ¿O prefiere que obtengamos cincuenta mil dólares para cada uno..., y que todo quede así, sin que no se sepa eso de su hermano? Entregamos el sobre, cobramos, nos separamos..., y aquí no ha pasado nada. ¿No le parece la mejor solución?

—No estoy segura, ni mucho menos, de que mi hermano estuviera haciendo eso. Usted podría estar mintiendo. Y hasta podría engañarme ahora.

—¿Engañarla? ¿En qué sentido?

—Si le entrego el sobre, y contiene lo que usted piensa, quizá no le vuelva a ver nunca más, señor Lambert.

—Ya entiendo... Supongo que no servirá de nada decirle que pienso jugar limpio con usted, y que tendrá su parte.

—Estarla mucho más tranquila si no nos separásemos... hasta que le entreguen a usted el dinero.

—Entendido. Entonces... ¿acepta?

—¿Por qué no?

—¿Y dice que usted no sabía nada de estas cosas que hacía su hermano?

—Claro que no. Pero puesto que usted sí lo sabe... Bueno, cincuenta mil dólares pueden facilitarme muchas cosas con las que hace tiempo vengo soñando. Así que... hagamos el negocio. ¿Adónde tenemos que ir?

—Lo verá cuando estemos allí.

—Muy bien. Pero el sobre me lo quedo yo, señor Lambert. Y le recuerdo que soy cinturón negro de karate.

—Poca cosa, contra una pistola.

—Si la tuviera usted, que no la tiene —sonrió Pamela.

—Claro que tengo un arma.

—En ese caso, ¿por qué no me obliga a entregarle el sobre? Sería muy fácil, ¿no le parece?

—Puedo obligarla a guantazos.

—Inténtelo.

Tony Lambert se quedó mirando especulativamente a la muchacha. Era deliciosa, parecía incapaz de romper un plato. Pero las apariencias engañan, y por otra parte, su mente, trabajando a toda prisa, ya había encontrado otra solución mejor, sencilla, práctica, definitiva: metería a la muchacha en un taxi, la llevaría al apartamento de la rué Monceau, y la entregarla, con sobre incluido, a Knowles. Y punto final. Podía volver a Londres.

Sólo que, de pronto, la idea de no ver nunca más a la señorita Warren le produjo un extraño desasosiego.

—Está bien, seamos sensatos —masculló—. Déjeme ver al menos qué contiene el sobre. Quizá no valga la pena.

—De acuerdo.

Pamela Warren abrió el sobre, y sacó quince o veinte fotografías de otros tantos rostros masculinos. Primeros planos, pero algunos permitían ver parte de la ropa y hasta de los hombros de aquellos personajes. En total había dieciséis, cuyas edades oscilaban entre los cuarenta y cinco y los sesenta años.

—¿Quiénes son? —murmuró Tony—. ¿Los conoce?

—No... Pero algunos de ellos son militares. Vea las hombreras... Éste, y éste... y éste. Yo diría que éste es un militar polaco, este otro

es rumano, y éste, checoslovaco... ¿Qué le parece?

—Pues no sé... ¿Entiende usted de uniformes?

—Bueno, un poco. Se me está ocurriendo que... Bueno, estos hombres pertenecen a fuerzas integradas en el Pacto de Varsovia. Creo que no es descabellado suponer que los demás también deben pertenecer a uno de esos ejércitos. Y por la edad, el aspecto, los emblemas... Se diría que son altos mandos, ¿no?

—No tengo ni idea.

—¿Está seguro?

—¡Cómo que si estoy seguro! ¿Qué quiere decir?

—Pues que quizá Rupert le hablara de estos hombres.

—No. Nunca me decía nada. Me entregaba un paquete, un sobre, algo, y eso era todo.

—Entonces... ¿usted no sabe nada de lo que significa esta serie de fotografías?

—Ya le he dicho que no —gruñó Tony—. Bueno, ¿nos vamos? Lo mejor es terminar cuanto antes.

—Sí, claro. Oh, voy a ver si encuentro otro sobre por aquí. No creo que a esas personas les gustase que usted entregara el sobre abierto. Supongo que Rupert tendrá alguno más como éste. Lo buscaré.

Pamela dejó las fotografías sobre el paquete de ropa limpia de su hermano, y abandonó la salita. Tony Lambert estuvo escuchando su taconeo por la zona de los dormitorios.

Permanecía inmóvil, atento el oído a los movimientos de Pamela y la mirada fija en el montón de fotografías.

Cuando Pamela regresó, la miró lentamente, y murmuró:

—He podido marcharme con las fotografías, ¿se da cuenta?

Ella parpadeó, entre desconcertada y sobresaltada. Luego, sonrió.

—He sido una tonta. Bueno, ¿y por qué no se ha marchado?

—Me gusta estar con usted —sonrió Lambert.

—¡Oh, vamos...! ¡No me salga con ésas ahora!

El encogió los hombros.

—Veo que ha encontrado un sobre.

—Sí... Pero no es igual que el que hemos abierto. Espero que no se den cuenta, que esto no nos traiga complicaciones... ¿De dónde sacaría Rupert esas fotografías?

—Yo diría que es evidente: de los archivos de la CIA en París, ¿no? Y es extraño que no tenga sobre como ése. Aunque quizá no es tan extraño: debió coger el sobre del mismo sitio que las fotografías.

—Seguramente. —Pamela metió las fotografías en el nuevo sobre, y lo cerró—. Bueno, ya está. ¿Dónde he dejado...?

Tony Lambert ya estaba recogiendo su trinchera, que le ayudó a ponerse. Caramba, esto sí que tenía gracia: toda la CIA de la zona de París buscando algo, y llega él y lo encuentra. Plif, como un chascar de dedos. Asunto resuelto, eso era todo. Pero había algo que todavía no entendía: ¿qué significaba aquel mensaje que Rupert Warren había dejado, y que Pamela Warren negaba conocer? ¿Qué significado tenía «no llores luto por mí»?

Se dio cuenta de que Pamela, vuelta ahora hacia él, había terminado de abrocharse la trinchera, y que lo estaba mirando de aquel modo fijo, atento. Y con curiosidad. Con desconcertante curiosidad. Por un momento estuvo tentado de preguntarle qué significaba el mensaje, pero decidió esperar: ya se lo preguntaría Knowles.

—¿Por qué me mira así? —murmuró.

—En realidad, señor Lambert —susurró ella—, es usted quien me está mirando a mí de un modo extraño: ¿no se ha dado cuenta?

—No.

—Pues lo está haciendo.

—¿De qué modo extraño la estoy mirando?

—No sé, parece como si... viera en mí algo que no le gusta.

—Por el contrario —murmuró Tony—: todo en usted me gusta.

—Ah.

Ella seguía mirándole fijamente. Tony Lambert puso sus manos en los hombros de la muchacha, y la atrajo levemente, como en una prueba. Ella cedió. Lambert ladeó un poco la cabeza, y ella hizo lo mismo, hacia el otro lado. Cuando sus labios se encontraron, Tony Lambert sintió una cálida corriente que estremeció todo su cuerpo. Estuvieron besándose quizá un minuto, inmóviles. Era un beso lento que parecía ir calentando el interior de Clifford Payne; como si hasta entonces hubiera estado congelado por dentro y el aliento de ella, tibio y dulce, estuviera provocando el deshielo.

Cuando se separaron sus bocas, ella suspiró, y dijo, suavemente:

—Me parece que nos estamos complicando la vida. Tony.

—¿Por qué?

—Si seguimos juntos después de hacer lo que vamos a hacer, la CIA se interesará por nosotros. Y si nos separamos...

—¿Qué?

—Pues eso —susurró ella—, que al menos yo me habré complicado la vida. Voy a buscar mi maletín.

—¿Tu maletín? ¿Para qué lo quieres?

—Tienes razón... Ya volveré a buscarlo todo. Vámonos ya. ¡Y deja de mirarme así!

—Sería una idiotez que nos enamorásemos, ¿verdad? —Gruñó Tony Lambert.

—Por completo.

Ella echó a andar, y él la siguió malhumorado. Si, sería una completa idiotez. ¿Qué haría la CIA con Pamela? Porque él tendría que decir toda la verdad, claro: que ella había aceptado seguir el juego, que había negado conocer el mensaje que la propia CIA le había mencionado, que estaba dispuesta a vender aquellas fotografías, que dicho sea de paso confirmaban la traición de Rupert Warren... Todo. El maldito Rupert Warren, que traiciona a la CIA y mata a Howard, sin duda porque éste, como jefe de zona, se ha dado cuenta de la traición, quizá incluso lo pilla en un momento decisivamente comprometido. Sí, lo mata, regresa a su apartamento, y se mata de un tiro. No llores luto por mí... ¡Claro! No valía la pena llevar luto por un traidor... ¿Era eso lo que había querido hacer Rupert Warren antes de morir?

Pamela le estaba mirando, sorprendida, ya con la puerta abierta. Tony Lambert, que se había detenido de golpe ante lo que parecía una revelación, tuvo que hacer un esfuerzo para reaccionar. Pero si era eso, ella tenía que saberlo, y entonces... ¿por qué no admitir ante la CIA que conocía el sentido de aquella frase? ¿Por qué negarle a él que su hermano había dejado «algo»?

La muchacha cerró la puerta del apartamento, cuando Tony hubo salido. Éste la precedió escaleras abajo, y volvió la cabeza al oír la pregunta:

—¿Tienes coche?

—No. Tomaremos un taxi.

—¿De verdad esperas encontrar un taxi a la puerta?

El encogió los hombros. En la puerta seguro que no lo

encontrarían, pero no tenían que caminar más que unos pocos metros para llegar al bulevar des Invalides, y allá las posibilidades aumentarían muchísimo.

Lloviznaba ligeramente cuando ambos se detuvieron en el portal, ella subiéndose el cuello de la trinchera. Iba a decir algo cuando de pronto un hombre se apeó de un coche estacionado en doble fila, y les hizo señas. Pamela y Tony cambiaron una mirada.

—¿Le conoces? —preguntó ella.

—No... ¿Y tú?

—Claro que no. No conozco a nadie en París.

—Entonces, no debe ser a nosotros a quien llama. Vamos hacia Invalides.

La tomó del brazo, y echaron a andar. Tony volvió la cabeza, y vio al hombre del coche caminando presurosamente tras ellos, llamándoles.

—¡Eh! ¡Oigan! ¡Esperen un momento, por favor!

Tony se detuvo, fruncido el ceño.

—Pues me parece que sí nos llama a nosotros —gruñó.

Pamela no hizo comentario alguno. El hombre llegó ante ellos, que se habían vuelto.

—¿Son ustedes los que han estado en el apartamento del americano Warren? —preguntó.

—¿A usted qué le...? —empezó Tony.

—Sí —dijo Pamela—. ¿Por qué?

—Me han entregado este paquetito para ustedes. Deben abrirlo ahora.

Les tendió lo que parecía, por el tamaño y forma, una cajetilla corriente de cigarrillos, y se alejó. Tony refunfuñó algo, deshizo el paquete, y se quedó mirando el pequeño aparato.

—Parece una radio a transistores —se desconcertó.

Pamela apretó uno de los botones con la punta de un dedo. En el acto sonó una voz, en inglés:

—Hay tres hombres con rifles y otro con una pistola apuntándoles, y van a disparar si antes de cinco segundos no se dirigen hacia el coche que ha quedado frente al número nueve.

—Pero ¿qué...? —exclamó Tony.

—Me parece que lo mejor, de momento, es que vayamos al coche —dijo Pamela—; cinco segundos pasan muy pronto, Tony.

Se tomó de su brazo, y caminaron los dos hacia el coche. No había nadie dentro, pero el motor estaba en marcha, tal como lo había dejado el hombre que les había entregado la radio, y que ahora, desde la acera, los contemplaba con cierta ironía, con las manos en los bolsillos del grueso gabán.

—Por poco que conozcas París, debes conocerlo mejor que yo —dijo Pamela—; así que conduce tú, si no te importa.

—No me gusta nada esto.

—A mí, lo que no me gustaría, es que me mataran estúpidamente. Subamos.

Tony se puso al volante, y Pamela se sentó a su lado. Dentro del coche se estaba bien, la calefacción estaba en marcha. Pamela acercó la radio a su boca.

—Ya estamos dentro del coche —dijo.

—Salgan de París en dirección Sur. Concretamente, hacia Lyon, de momento. Y no se les ocurra salir del coche para nada; si lo hacen, la carga de explosivos que hemos colocado explotará, y no quedará de ustedes ni los huesos. Les estaremos vigilando en todo momento.

—¡Pero qué dice este tipo...! —exclamó Tony.

Pamela lo miró de soslayo.

—Será mejor que hagamos lo que nos dicen.

—¡No tengo la menor intención de...!

—No sea estúpido —sonó la voz en la radio de bolsillo—. Si no hace lo que le digo van a morir, eso es todo. ¿Puede comprender esto?

—Sí que lo comprendemos —dijo Pamela—. Vamos, Tony, no compliques más las cosas.

—¡Te lo tomas con mucha calma!

—¿Qué quieres que haga? —Se irritó ella—. Pueden matar nos en cualquier momento, ¿no? Yo prefiero viajar en coche.

—Le sugiero que escuche a la señorita —dijo la voz—. Vamos, empien a viajar. Y mientras tanto, charlaremos un poco. ¿Quiénes son ustedes y qué han estado haciendo en el apartamento de Warren?

—Yo soy su hermana —dijo Pamela—. He venido de Nueva York para recoger algunas cosas como recuerdo, y ver si había algún asunto pendiente de mi hermano, para dejarlo todo arreglado.

—Muy bien. ¿Y el caballero?

Al «caballero» le estaba ocurriendo una cosa realmente curiosa: sentía deseos de romperle la cabeza a alguien, deseo que nunca antes había experimentado. Estaba tan sorprendido al descubrirse a sí mismo bajo tan inesperada faceta agresiva, que no reaccionó a tiempo y la voz insistió:

—Escuche, si usted no colabora...

—Me llamo Tony Lambert —dijo fríamente—. Soy amigo de Rupert Warren, y hace días que le estoy buscando. Hoy he visto luz en una de sus ventanas, he subido a verlo, y me he encontrado con la señorita.

—¿Y qué más?

—¿Qué más? —Tony se sorprendió de nuevo a sí mismo—. Bueno, mido metro ochenta y cinco, tengo treinta y cinco años, soy soltero, y me gustan las *crêpes Suzette*.

Se quedó atónito. ¿Esto lo había dicho él? Pamela le estaba mirando directamente, entre enfadada y desconcertada. El tipo de la radio estuvo silencioso un par de segundos.

—Es usted muy ocurrente, señor Lambert, Pero de eso ya hablaremos más adelante. ¿Para qué busca usted a Warren?

—Yo no le busco: ha muerto. A esta tonta le han dicho que de accidente de coche, pero yo no me lo creo. Habría sido una muerte tonta para Rupert, dadas sus actividades.

—¿Qué actividades, señor Lambert?

—Ustedes lo saben perfectamente. Pero se están equivocando con la señorita y conmigo: no tenemos nada que ver con la CIA.

—Tiene usted una buena información. De todos modos, usted se relacionaba con Warren, ¿no es así? Me gustaría que me dijera qué clase de relaciones eran las suyas.

—Eramos amantes.

De nuevo quedó atónito Tony Lambert. ¿Se estaba volviendo loco? ¿Por qué hablaba así? Y de pronto, lo comprendió: no podía soportar que aquellos tipos le estuvieran manejando a su antojo. Sentía la ira hirviendo en su estómago como si fuese una horrenda comida indigestible. Pamela le miraba ahora al parecer asustada, como temiendo mil calamidades.

—Señor Lambert, que usted sea homosexual no es cosa que despierte mi interés —dijo la voz tras otro par de segundos de

ausencia—. ¿Qué negocios tenía con Warren?

—Se lo diré cuando me toque usted un huevo.

Pamela respingó, y abrió mucho los ojos. Estaba muda de pasmo o de miedo, cualquiera sabía. Pero más pasmado se quedó el propio Tony. Por un momento pensó que algún ventrílocuo le estaba gastando una broma, que no era él quien decía aquellas cosas. Pero la rabia persistía.

—Me parece, señor Lambert, que la conversación a distancia con usted va a resultar un poco ardua, de modo que la limitaremos a las instrucciones para su viaje. Sigán hacia el Sur hasta que se les indique otra cosa. Siempre hacia Lyon.

—¿Qué pasa si me entran ganas de mear? ¿No podría salir del coche para hacerlo?

—Ya que tan gracioso es usted, señor Lambert, méese encima, y verá qué risa. Se lo repito: si alguno de ustedes intenta salir del coche, lo haremos explotar. Feliz viaje.

—Cierra eso —dijo hoscamente Lambert.

Pamela obedeció. Tony iba mirando por el retrovisor, viendo el coche que les seguía. Bueno, él había identificado uno pero quizá hubiera otro, o más de dos... ¡Cualquiera sabía! Estaba entre enfadado y eufórico, como borracho. Sí, como medio embriagado. Chocante. Era la primera vez que le ocurría en la vida.

—Supongo que ya sabes quiénes son esos tipos y lo que quieren —dijo mirando un instante a Pamela.

—Claro que no —rezongó ella.

—Pues son los tipos que revolvieron el apartamento de tu hermano en busca de las fotografías que ahora tenemos nosotros.

—Ah. Bueno, en ese caso deben estar relacionados contigo también, ¿no? Quiero decir que quizá sean ellos los que debían pagarte por entregar el sobre.

—Claro que no.

—¿Cómo sabes qué no?

—Pues porque... porque si fuesen ellos sabrían quién soy yo y qué clase de negocios me traía con tu hermano, ¿no te parece?

—Claro. Es verdad.

—Eso. Bueno, a mí este juego me está fascinando. ¿Tú te lo crees, eso de que han colocado explosivos en este cacharro?

—Por completo.

—Sí, quizá sea cierto. Y quizá no. Pero una cosa sí es cierta: ellos no pueden saber que hemos encontrado de modo tan estrambótico y casual las fotografías, ¿verdad? Pues bueno, como si no las hubiéramos encontrado.

—¿Quieres decir que las esconda dentro del coche?

—Tú y yo empezamos a entendernos. —Lambert se besó las puntas de los dedos índice y corazón, y tocó con ellos la boca de la muchacha—. ¡Muá! Mira a ver si te las puedes arreglar para meter el sobre debajo de la alfombrilla del coche sin que los tipos que vienen detrás nuestro se den cuenta de tus maniobras.

—Puedo hacerlo..., o intentarlo, utilizando los pies.

—Genial —elogió el flamante Tony Lambert—. ¡Genial, nena!

CAPÍTULO V

El viaje no fue, ni mucho menos, fácil y cómodo. La autopista París-Lyon estaba bordeada de nieve, el cielo se oscureció todavía más, el tráfico era pesado debido a lo resbaladizo del piso. Y lo que había sido una broma de Tony Lambert se convirtió en molesta realidad: los últimos cien kilómetros los recorrió con un intenso deseo de cumplir sus funciones fisiológicas.

Para cuando estaban entrando en Lyon, algo más tarde de las cinco, estaba de un humor de mil diablos.

La radio sonó entonces en breve llamada, y Pamela contestó.

—Diga.

—¿Conocen Lyon?

—No... Yo no. Y el señor Lambert dice que tampoco.

—Un coche les va a pasar haciéndoles señales con las luces. Vayan tras él a partir de ahora. Y tengan cuidado: detrás va otro coche.

—Está bien.

El coche anunciado les adelantó, haciendo las señales. A partir de ese momento Tony se limitó a seguirlo, sin complicaciones. Poco después entraban en Lyon, donde estaba nevando ligeramente. Al poco cruzaban un puente sobre el río Rhóne, que se deslizaba por el centro de la ciudad. Circularon por la rué Duquesne, y pasaron cerca del Parc

Tét-d'Or,

que quedó a su izquierda. Bajando ahora por el boulevard des Belges y luego por el des Brotteaus, comenzaron a ver a su izquierda la gran explanada de vías muertas al sur de la Gare des Brotteaux. Se metieron a la izquierda por unas calles estrechas, apretadas. El coche que les precedía se detuvo finalmente.

Ahora, frente a ellos, veían la explanada de las vías muertas, apenas a cincuenta metros.

Del coche que les había precedido la última, parte del viaje se apeó un hombre, e inmediatamente, otros dos, que se metieron en una casa vieja que parecía deshabitada. Por el espejo retrovisor Tony vio otro coche que se detenía tras ellos. La radio sonó al cabo de un par de minutos.

—Diga —murmuró Pamela.

—Salgan del coche y entren donde han visto entrar a los hombres que les han precedido. Les están esperando en el portal. Detrás irán otros dos. No hagan tonterías.

El contacto se cortó. Pamela y Tony miraron hacia atrás, y vieron salir a los dos hombres del coche que había quedado tras ellos. Se apearon, y caminaron hacia el portal en el cual, en efecto, aparecieron dos hombres. En un instante se encontraron como prensados entre cuatro sujetos de hostil actitud. Uno de ellos señaló escaleras arriba.

Segundos más tarde entraban en un apartamento que parecía increíblemente enorme, destartalado, sucio de polvo. Hacía tal frío allá dentro que parecía que estuvieran en un frigorífico. El quinto hombre, que llevaba un grueso abrigo y una enorme bufanda de lana alrededor del cuello estaba encendiendo una estufa de gas, que comenzó a resoplar. Debía hacer tiempo que no se encendía. El hombre estaba inclinado, de espaldas a los prisioneros. Tony masculló:

—¿Puedo ir al retrete o no?

—Acompáñale, Lettak —dijo el de la bufanda.

Segundos más tarde, con el llamado Lettak tras él en la puerta del mugriento cuarto de baño, Tony Lambert se aliviaba, suspirando. En la sala, ya encendida la estufa, el hombre de la bufanda se había erguido y vuelto hacia Pamela, que estaba pasmada como pocas veces en su vida. Aquel hombre tenía la cabeza más perfectamente cuadrada que jamás había visto. Sus cabellos eran cortos y tiesos, grises. Sus ojos también eran grises, enormes, y parecían asimismo cuadrados. Era un hombre cuadrado todo él: las manos, el cuerpo, los hombros. Sólido como un bloque de granito. Pero su estatura apenas debía alcanzar el metro sesenta y cinco.

—Puede llamarme Franz, señorita Warren.

—Usted es el que ha estado dándonos instrucciones por la radio —dijo ella.

—Sí. Lamentablemente, tuve que abandonar mi confortable alojamiento para ir a París a resolver personalmente un problema que mis inútiles amigos no sabían cómo enfocar.

—Ah, ¿no vive usted en París? ¿Vive aquí, en Lyon?

—En ninguno de los dos sitios. ¿Tiene usted el sobre?

—¿Qué sobre?

Franz torció el gesto.

—Empezamos mal, señorita Warren. Sabemos que su hermano dejó un mensaje. Un mensaje que ahora, al conocer la existencia de usted, adquiere lógico significado. Sin embargo, me permito dudar que su hermano escribiese aquello antes de morir sólo para librarla a usted de la obligación de llevar luto, por otra parte tan en desuso en nuestros días. Ese mensaje debía significar algo más, ¿no es cierto?

—¿De qué mensaje está hablando?

—¿La CIA no se lo mencionó?

—No.

—Vamos, no sea absurda. La CIA debió mencionárselo porque al igual que yo, debió llegar a esa conclusión del doble significado. El mensaje decía: no llores luto por mí. ¿Qué significaba realmente?

—Le aseguro que no me dijeron nada sobre eso.

Franz ladeó la cabeza, y entornó los ojos. En aquel momento regresaban del cuarto de baño Tony y Lettak, éste, pistola en mano, como estaban ya Scorza, Kopff y Dutreil.

—Ah, el señor Lambert —dijo Franz, mirándole torvamente—. Todo un elegante y apuesto caballero. Y muy ocurrente. ¿Tampoco usted sabe nada del último mensaje de Rupert Warren, señor Lambert?

—¿De qué están hablando? —preguntó Tony.

—¿De verdad no lo sabe?

—No. ¡Oiga, usted es alemán!

—¿Se me nota el acento? —sonrió Franz.

—No, qué va. Habla usted el inglés estupendamente. Lo digo por su cabeza. ¡Por fin conozco un alemán que tiene la cabeza cuadrada! Parece un dado. ¡Cosa curiosa...!

De nuevo quedó Tony Lambert con la impresión de que un ventrílocuo le estaba gastando aquella broma. Broma que no alteró, al menos en apariencia, a Franz, que se acercó pausadamente a Lambert. Y de pronto, sin alterarse, Franz alzó veloz y fuertemente su pierna derecha, colocando un espantoso patadón entre las ingles de Tony. Éste lanzó un alarido, saltó encogido, y cayó como un paquete, crispado por el dolor, lívido el rostro, casi desvanecido.

—Ya ve que soy complaciente, señor Lambert —dijo Franz—, quería usted que le tocara un huevo, y le he tocado los dos. Y ahora que yo he cumplido mi parte, cumpla usted la suya: ¿qué negocios tenía con Rupert Warren?

—¿No ve que no puede hablar? —murmuró Pamela.

—¿Acaso habla con los huevos?

Tony lo oía todo como amortiguado y lejano. Como si aquellas personas estuvieran hablando en otra habitación. También de ese modo percibió las risas de los hombres de Franz. Y de nuevo la voz de Pamela:

—No le pegue más. Yo se lo diré.

—Me parece bien —aceptó Franz—. La escucho.

Pamela lo explicó, en pocas palabras. Cuando terminó, se dio cuenta de que Franz no la creía. Mejor dicho, sí creía la explicación de ella, pero no creía a Tony Lambert, que se había puesto en pie, y miraba fijamente la cuadrada cabeza.

—Si eso es lo que el señor Lambert le dijo, mintió, señorita Warren. Estoy seguro de ello, porque su hermano no tenía relaciones de esa clase más que conmigo y con mis hombres. Así que no comprendo qué pinta el señor Lambert en esto. ¿No será de la CIA? Ah, ¿se sorprende usted? Pues no se sorprenda. ¿Quiere que se lo explique?

—Me gustaría, a ver si al final entiendo algo.

—Muy bien. Le diré cómo estaban las cosas en París. Yo había conseguido allá la colaboración de dos hombres de la CIA: Rupert Warren y Howard Payne, éste, jefe de la... ¿Le ocurre algo, señor Lambert?

Tony, que había sentido un súbito vacío en el estómago al oír aquello, consiguió reaccionar ocultando la impresión de la noticia respecto a la traición de su hermano.

—Sí —dijo—, me ocurre algo: me duelen los huevos.

—Ah. Bueno, ya se le pasará, no se preocupe. Como le decía, señorita Warren, su hermano de usted y el jefe de zona de la CIA en París, Howard Payne, trabajaban para mí, ambos de acuerdo entre sí, naturalmente. Se las iban arreglando bien entre los dos para pasarme informaciones. Hace una semana, Howard Payne avisó a mis hombres de que tenía determinado material que yo le había pedido con insistencia hacía tiempo, indicándole que se lo pagaría a un precio... especial, ya que el material también era especial...

—¿Qué material? —preguntó Pamela.

—Ya llegaremos a eso. El caso es que Howard Payne avisó a mis hombres, y quedaron citados en el Bois de Boulogne para la entrega del material. Cuando mis hombres llegaron al Bois, vieron salir del coche de Howard Payne al hermano de usted. No se sorprendieron demasiado, naturalmente. Le vieron marchar sin preocuparse. Pero cuando fueron al coche de Howard Payne, lo encontraron muerto. Recién muerto. La cosa estaba clara, ¿no le parece?: Warren había matado a Payne. Ahora sí estaban sorprendidos mis hombres. Y, como quiera que Payne no tenía encima el sobre que nos había ofrecido, comprendieron que Warren se lo había llevado. De modo que fueron al apartamento, encontraron a Rupert Warren sentado en un sillón, muerto de un balazo en la cabeza. Se había suicidado, simplemente. En una mesita había un papel en el que su hermano había escrito esta frase: no llores luto por mí. ¿A quién cree usted que podía dirigirse su hermano con esa frase?

—Parece que a mí —murmuró Pamela.

—Es evidente. Mis hombres buscaron el sobre por todo el apartamento, pero no lo hallaron. Finalmente, se fueron, y me llamaron por teléfono para explicarme lo sucedido. Inmediatamente, yo pensé que la frase escrita por su hermano debía tener un significado especial para la persona a la que iba dirigida. A los pocos días, aparece usted, y sube al apartamento. Comprendemos que es la persona a la que Rupert Warren dedicó el mensaje. Unos minutos más tarde, entra en escena el señor Lambert, que sube al apartamento. Y al poco, bajan los dos juntos. Ni siquiera han estado un total de treinta minutos en el apartamento. ¿Qué debo pensar yo?

—Que he recogido el sobre y que me voy. Que en efecto, el mensaje era para mí y que lo he interpretado.

—¡Exacto! Hasta aquí, todo muy claro. Pero... hay detalles que me tienen desconcertado. Uno: ¿Por qué mató su hermano a Howard Payne?

—No sé... ¿Quizá quería hacer el negocio él solo?

—Claro que no. De ser así, podía haber matado a Payne de otro modo y en otro lugar, en condiciones absolutamente favorables para él. Además, si quería hacer el negocio solo, podía haber entregado el sobre a mis hombres y cobrar su dinero. Era tan fácil... Pero no hace eso, sino que se va a su apartamento y empieza a recoger sus cosas. Está claro que pretende escapar de París. Entonces, llegan mis hombres. Su hermano se da cuenta. Y entonces, fíjese lo que hace: esconde el sobre, le deja a usted un mensaje, y se pega un tiro. ¿Se le ocurre por qué?

—Bueno, se me ocurre algo, pero no sé...

—Diga, diga... La escucho con interés.

—Bueno, yo... yo creo que mi hermano no quería que el sobre llegará a manos de ustedes. No tiene tiempo de quemarlo o destruirlo, de modo que lo esconde, se... se despide de mí, y se pega un tiro, prefiriendo eso a caer en manos de sus hombres, que le habrían obligado a decir dónde había escondido el sobre... antes de matarlo. O sea, que él prefiere... morir antes de entregarles el sobre.

—Caramba, ¡ni yo lo habría explicado mejor! En cuando al señor Lambert..., ¿qué se le ocurre sobre él?

—Supongo que..., que es de la CIA, y que lo enviaron para engañarme, pues la CIA pensó lo mismo que usted, y quería ese sobre. Y pensando que yo podría estar en complicidad con mi hermano en esos asuntos simulaban dejarme suelta..., y me enviaron al señor Lambert para que me engañara y consiguiera el sobre.

—Fantástico —parpadeó Franz—. ¡Me gusta usted, señorita Warren! Y ahora, por favor, ¿quiere entregarme el sobre?

—¿Usted cree que si lo hubiéramos encontrado —intervino Tony Lambert— yo no habría avisado a mis compañeros de la CIA?

—Ah, ¿de modo que lo admite, señor Lambert? ¿Es un agente de la CIA que ha engañado a la señorita Warren?

—Exactamente. Y no hemos encontrado el sobre en cuestión.

—Yo creo que sí, pues de otro modo quizá todavía estarían en el apartamento buscándolo. No ha sido así. En media hora, todo

resuelto. Los dos se iban ya, ¿no es cierto?

—Íbamos a comprar café.

—Sigue siendo usted muy ocurrente, señor Lambert. Pero le voy a hacer un trato: si me entregan el sobre ahora, sin hacerme perder más tiempo, les prometo un dulce sueño eterno muy rápido. Pero si nos hacen perder más tiempo, y encontramos sobre ustedes o en el coche ese sobre, a sus huevos les va a ocurrir algo peor que recibir un puntapié. ¿Me ha entendido?

—No tenemos...

—Sí lo tenemos —suspiró Pamela—. ¡Y no me mires así, no quiero que me lastimen, y de todos modos lo encontrarían! Está... está en el coche, debajo de la alfombrilla del asiento que yo ocupaba.

Franz aspiró hondo y miró a uno de sus hombres.

—Ve a buscarlo, Kopff.

—Eres una maldita cobarde —masculló Tony, mirando furiosamente a Pamela.

—No es más cobarde que el resto de los mortales, señor Lambert —dijo Franz—. Además, la visión de la señorita Warren es más... práctica que la suya. ¿Cree que usted mismo no habría terminado por decirnos dónde está el sobre..., después de que lo hubiéramos hecho pedazos? Y sigamos con el sobre... ¿Conocen su contenido?

—No. Y aunque...

—Sí —dijo Pamela—, lo conocemos. Son fotografías de dieciséis hombres. ¿Qué significan?

Franz se quedó mirando con creciente interés a Pamela, y por fin sonrió.

—Significan —dijo lentamente— el punto de partida del más importante trabajo que mi organización habrá realizado desde su fundación.

—¿Qué trabajo?

—¿Sabe, señorita Warren?: usted parece una máquina de preguntar. Dígame: ¿a qué se dedica habitualmente?

—Soy profesora de danza en Estados Unidos, en Nueva York.

—De danza... ¡Qué interesante! Por un momento pensé que usted, como su hermano, también había sido entrenada por la CIA. ¿Seguro que no trabaja usted en esto?

—Si fuera así, la CIA no habría desconfiado de mí enviándome

con engaños al señor Lambert.

—Ah, claro... Pero podría ser que puesto que su hermano no jugó limpio, pensaron que usted hacía lo mismo, ¿no le parece?

—Pues sí... Es cierto, pudieron pensarlo.

—¿Es usted una espía, señorita Warren? ¿Como su hermano?

—No.

—Profesora de danza... De acuerdo.

Franz encendió un cigarrillo, y se quedó fumando, pensativo, hasta que Kopff regresó con el sobre. Franz lo tomó tras dejar caer el cigarrillo, y le dio unas cuantas vueltas entre sus cortos, cuadrados, fortísimos dedos. Por fin, lo abrió, sacó las fotografías, y las fue mirando lentamente una a una, con evidente satisfacción. Las metió de nuevo dentro del sobre y se guardó éste.

—Señor Lambert —lo miró—, ¿sabe Arnold Knowles lo que están buscando, sabe que son determinadas fotografías? Y por favor, no me diga qué no sabe quién es Knowles, los... profesionales le conocemos bien: ha ocupado el puesto de Howard Payne. ¿Lo sabe Knowles?

—Sí.

—Gracias —sonrió Franz—, porque eso quiere decir que NO. Tenía mis dudas, pero usted las ha disipado.

—Knowles lo sabe.

—Claro que no. Howard Payne era el jefe de la zona de París de la CIA, de modo que podía hacer muchas cosas sin tener que dar explicaciones, tenía acceso a mucha información, y sabía cómo hacerlo sin hacerse notar. Y así lo hizo, sin duda, ahora estoy seguro. Su respuesta ha sido muy aclaratoria. Gracias por ella. En muestra de agradecimiento, no les vamos a matar... todavía. Los reservaremos por si en algún momento pueden servirnos de rehén o como material de canje. Es posible que nos veamos dentro de unos días, así que... ¡hasta la vista!

Habló en alemán acto seguido, y se dirigió hacia la puerta de la sala, seguido de Lettak y Kopff. Dutreil y Scorza no perdían de vista a Tony y Pamela, y transcurridos un par de minutos. Scorza dijo:

—Ahora nos vamos nosotros. Ya han oído a Franz, los quiere vivitos y coleando, pero si buscan complicaciones, los mataremos. En marcha.

Dos minutos más tarde, en uno de los coches que habían

utilizado Franz y sus hombres para seguir a Pamela y Tony, éstos, Scorza y Dutreil partían, los dos primeros en los asientos de delante, Tony conduciendo.

—Diríjanse hacia el campo de maniobras del ferrocarril —ordenó Scorza.

—Pero por allí no vamos a ninguna parte —dijo Pamela.

—Cierre la boca. Usted, Lambert, en marcha, ¡vamos!

Tony Lambert, sombrío como nunca en su vida, obedeció.

No se sentía precisamente feliz después de haberse enterado de que no sólo Rupert Warren, sino también su propio hermano Howard, había sido un traidor...

CAPÍTULO VI

—Siga calle adelante —ordenó de nuevo Scorza.

—Si hago eso nos vamos a meter en las vías —gruñó Tony—. ¿Qué demonios pretende?

—Viajar en tren —rió Dutreil.

En aquel mismo instante, Tony Lambert comprendió la verdad. Ciertamente, no habían querido dejarlos muertos allí, en aquel apartamento lóbrego. Pero de ninguna manera iban a conservarlos con vida. Lo que iban a hacer era matarlos, allí, entre las vías, y posiblemente meterlos en cualquier vagón de carga que los llevaría a cualquier punto de Francia...

Notó en su pierna el contacto de una mano de Pamela, y la miró de reojo. Ella miraba al frente, como ajena a todo, pero volvió a tocarle la pierna. Tony bajó la mirada, y vio entonces los puños de la muchacha fuertemente cerrados. Comprendió en un instante, y sencillamente, dijo:

—De acuerdo. Ya.

Soltó el volante y se giró y se lanzó hacia el asiento de atrás con tal velocidad que sorprendió a Scorza y Dutreil. Éste gritó cuando Tony cayó sobre él de cualquier manera, y comenzó a liberar su brazo buscando la postura para dispararle. Scorza extendió el brazo para volarle la cabeza a Tony de un disparo cuando Pamela giraba. La mano izquierda de la muchacha asió la derecha de Scorza, la apartó hacia la carrocería, y, al mismo tiempo, tiraba de ella hacia sí. Simultáneamente, su puño derecho salía disparado.

El impacto hizo crujir la frente de Scorza, hacia la sien derecha. Scorza emitió un ronquido, sus ojos mostraron solamente córnea, y se relajó súbitamente. Pamela se apoderó de la pistola, y saltó al asiento de atrás, donde Dutreil y Tony estaban enzarzados como dos

gatos furiosos. Pistola en mano, Pamela buscaba un hueco por donde introducirla para disparar contra Dutreil cuando éste, por fin, consiguió efectuar un disparo. La bala dio en el techo del automóvil, y fue a clavarse, tras el agudo rebote, en el asiento del conductor. Tony lanzó una maldición, consiguió asir la mano armada de Dutreil con las dos suyas, y la giró hacia el propio Dutreil en el momento en que éste volvía a disparar... Se oyó el crujido de la articulación de la mano con la muñeca al romperse, el apagado «plop» del disparo, y el horrendo chasquido de la bala contra el ojo derecho de Dutreil.

El ojo reventó, la cabeza de Dutreil pareció saltar, y por detrás el cristal zaguero recibió la bala, las salpicaduras de sangre y de masa encefálica. Dutreil quedó inmóvil, con la parte posterior de la cabeza destrozada y apoyada en el respaldo del asiento. Tony se acomodó mejor, y se quedó mirando alucinado aquel rostro.

—Dios mío —jadeó.

El coche, falto de gas, se había detenido tras calarse el motor. Estaban apenas a diez metros de las vías. A su alrededor todo era oscuridad fría. Más allá, vieron las luces de la estación de Les Brotteaus. Pamela se inclinó hacia el salpicadero, y cerró el contacto y apagó las luces de posición.

—Echa fuera a ése, Tony —dijo.

—¿Qué..., qué...?

—¡Que echas fuera del coche a ése, al muerto!

Tony Lambert sacudió la cabeza, reaccionó, y abrió la portezuela. Ni se enteró del horrendo frío que hacía fuera. Se las arregló para sacar a Dutreil agarrándolo por los sobacos, y lo arrastró en la oscuridad. Desde el coche le llegó la voz de Pamela:

Quítale el abrigo.

Asintió, como aturdido. Le quitó el abrigo a Dutreil, que rodó como un fardo sobre las piedras. Cuando regresó al coche, Pamela le había quitado la corbata a Scorza, y tras tenderlo de bruces sobre el respaldo del asiento delantero derecho, estaba atando sus manos a la espalda.

—Limpia la sangre del cristal, y el asiento. Hazlo lo mejor posible —dijo Pamela.

Como un autómatas, Tony Lambert procedió a la limpieza indicada, utilizando el abrigo de Dutreil. Pamela estaba atando los

pies de Scorza uno a otro por medio de los cordones de los zapatos. Scorza comenzaba a agitarse...

—Creo... que ya está bastante limpio —dijo Tony.

Se sentía como flotando en un mundo desconocido, sus pensamientos parecían haberse congelado, tenía la mente embotada. Le parecía ver todavía el ojo de Dutreil reventando...

—Tira el abrigo fuera y cierra la portezuela.

Tony obedeció. Al cerrarse la portezuela, la luz se apagó, todo volvieron a ser sombras allá dentro. Distinguía apenas a Pamela manejando el cuerpo de Scorza, que quedó finalmente sentado en el asiento de atrás. Vio brillar algo que le tendía Pamela.

—Toma... ¿Sabes manejarla?

Cogió la pistola, asintiendo.

—No muy bien —dijo—, pero podré arreglármelas... ¡Por Dios, he matado a un hombre!

—Bueno, ellos querían matarte a ti. Saca el coche de aquí, ponlo en algún sitio, algo más arriba, donde tengamos algo de luz. Date prisa, éste se está recuperando.

Cuando Scorza recobró el conocimiento plenamente, el coche estaba de nuevo detenido, de cara a la estación. La luz llegaba como una niebla de color malva al interior del coche. Pamela estaba en el asiento de atrás, junto a Scorza, que por fin volvió la cabeza y vio la pistola apuntada a su cabeza. Sobre la sien derecha había aparecido una inflamación que parecía un globo de chicle hinchable, del tamaño de una nuez. Scorza se sentía francamente mal.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Pamela.

—Scorza... Enzo Scorza...

—Muy bien, Scorza; ¿adónde ha ido exactamente Franz?

Scorza no contestó. Tony estaba vuelto hacia el asiento de atrás, contemplando la escena, que le parecía de lo más irreal, como una pesadilla. Sí, era todo como un mal sueño horrible.

—Me parece que no estás entendiendo tu situación, Scorza —dijo Pamela—. No nos engañemos más: trabajo para la CIA, y, efectivamente, estoy bien entrenada. Ahora, escucha lo que se me está ocurriendo: sí no contestas a mis preguntas te voy a amordazar y atar mejor que ahora, y te voy a colocar en la vía del tren cuando vea acercarse cualquiera de ellos. Mejor dicho, lo que colocaré serán tus piernas, en la vía. ¿Me entiendes?

Tony Lamber se sentía mal. Francamente mal. Miraba a Pamela, pero sus palabras no tenían significado para él. O no quería admitir su significado. Scorza era de otra calaña, sabía comprender cuándo las cosas iban en serio o en broma, cuándo eran realidad y cuándo eran una pesadilla. Se imaginó a sí mismo, atado, amordazado, tendido en la vía del tren, viéndolo llegar, con las piernas sobre uno de los raíles...

—A Suiza —jadeó—. ¡Ha ido a Suiza!

—¿Adónde, de Suiza? Quiero saberlo con toda exactitud.

—Tiene..., tiene un chalé en la rué du Fort-Barreau, frente a..., a Promenade des Crochettes..., en Ginebra.

—El número. El número de la calle, de ese chalé.

—El 47.

—¿Ha ido directamente allá ahora?

—Sí, sí... Claro.

—¿Por qué «claro»?

—Tiene que preparar allá todo el plan.

—¿Qué plan? ¿Qué es lo que pretende hacer? ¿De qué van a servirle esas fotografías de militares del Pacto de Varsovia?

—No lo sé... ¡Eso no lo sé, lo juro!

—¿Lo sabían Howard Payne y Rupert Warren?

—No lo sé... Ellos se entendían siempre con Franz por teléfono, él los llamaba uno a otro periódicamente a un bar donde uno u otro esperaban.

—Yo creo, basándome en lo que sucedió en París, que ellos dos si lo sabían. Así que tú tienes que saberlo.

—No, no lo sé, ¡no lo sé, lo juro! Nosotros cuatro estábamos en París como personal siempre disponible de Franz, hacíamos lo que él nos decía, pero no sabíamos nada de eso. Recogíamos material, lo pagábamos... ¡Sólo eso!

—De modo —susurró de pronto Tony— que es cierto que Howard Payne era un traidor a la CIA.

—Sí... Hacía ya tiempo.

—¿Y qué clase de información os vendía? —preguntó Pamela.

—No sé... Ya le digo que no sé, pero creo... que no eran cosas muy importantes.

—Pero esta vez sí lo era, ¿verdad?

—¡No lo sé!

—Pues yo sí lo sé. ¿Qué hay en ese chalé de Franz? ¿Hay hombres, armas, explosivos, radio...? ¿Qué hay?

—Sólo he estado allá dos veces... ¡No noté nada anormal, nada especial!... Bueno, hay unos cuantos hombres.

—¿Cuántos?

—No sé... Cinco o seis.

—¿Y qué hacen allí?

—No lo sé. Supongo... que la mayor parte de las veces están de visita, como cuando íbamos nosotros a entregar algo...

—¿Qué clase de organización es la vuestra? ¿Para quién trabajáis?

—Para nadie en particular... Para todos. Compramos y vendemos información, somos... algo así como unos intermediarios.

—Ya. ¿Y a quién piensa venderle la información Franz en esta ocasión? ¿A quién va a venderle esas fotografías?

—Creo que esta vez no piensa vender la información.

—¿La va a utilizar él para realizar una operación propia?

—Sí... Sí.

—¿Qué operación?

—¡No lo sé!

Pamela estuvo unos segundos mirando fijamente a Scorza. Por fin, asintió con la cabeza, y señaló hacia delante.

—He visto muchos vagones estacionados en vías muertas, Scorza. Te diré lo que vamos a hacer: te vamos a dejar en uno de ellos, muriéndote de frío, atado de pies y manos, amordazado de tal modo que nunca podrías soltarte, nunca. Luego, voy a ir a Ginebra. Si todo es como me has dicho, avisaré a alguien que vendrá a sacarte del vagón. Si me has mentido, pueden ocurrir dos cosas. Una, que no vuelva a por ti, que no pueda hacerlo. Dos, que sí pueda volver... Y no sé cuál de las dos cosas sería peor para ti. ¿Me has entendido?

¡Le he dicho todo lo que sé!

Será mejor para ti, créeme. Y otra cosa: ¿realmente lleva una carga explosiva el coche en el que señor Lambert y yo hemos venido desde París?

Sí.

Habrá que desconectarla. Bien, manos a la obra...

Casi a las siete de la noche, bajo una ligera nevada, Pamela Warren y Tony Lambert salían de Lyon en dirección nordeste, hacia Suiza, los dos silenciosos. Sólo que el silencio de Tony no podía ser más hosco, más sombrío. Sus manos apretaban con fuerza el volante.

De pronto, ella le miró.

—Siento haberte engañado, Tony —murmuró.

Yo también te engañé a ti. Bueno, eso es lo que yo creía que estaba haciendo, pero puesto que eres una agente de la CIA debes saber quién soy yo realmente.

—Clifford Payne.

—Exacto —la miró él—. Y así, llegamos a una conclusión que no contribuye precisamente a alegrarme: tu hermano mató al mío.

—No.

—¿Cómo qué no? Todo lo que...

—No me llamo Pamela Warren, eso es todo.

—Ah... O sea, que Warren no tenía ninguna hermana.

—Sí. Pero yo ocupé su lugar. En realidad..., te tendimos una trampa, Tony.

—Ya sabes que no me llamo Tony —gruñó éste.

—Por ahora será mejor que sigamos llamándonos Tony y Pamela.

—A mí me da igual. ¿Qué clase de trampa me tendisteis..., y por qué? ¿Creisteis que yo estaba trabajando con mi hermano en esa cochinada?

—Sí. Pero ya me he convencido de que no es así. Teníamos que asegurarnos, compréndelo. Cuando la CIA, visitó a la auténtica Pamela Warren en Estados Unidos, ella dijo que la frase «no llores por mí» no tenía significado especial para ella, que, no era una frase familiar o algo así. De modo que comprendimos que, simplemente, Rupert Warren admitía haber sido un traidor, y que él mismo admitía que no merecía el luto de su hermana..., ni de nadie. Ése era el único significado de la frase. Y posiblemente todo habría quedado así si Rupert Warren no se hubiera suicidado y alguien hubiera registrado su apartamento de aquel modo.

—No comprendo.

—Primero se pensó que Rupert Warren, simplemente, había matado a su hermano para quitarle algo, o porque tu hermano lo había descubierto. Pero si era así, ¿por qué suicidarse y esconder lo que le había quitado a tu hermano? El suicidio implicaba traición, desde luego, pero había algo extraño... Si hubiera sido simplemente un traidor, habría entregado el sobre a los hombres de Franz, y asunto terminado. Sin embargo, cuando los vio llegar, prefirió morir a que ellos consiguieran el sobre con las fotografías. Luego, había otra cosa extraña: tu hermano no debía estar en París aquella noche, sino en otro lugar. ¿Qué hacía en París, entonces?

—¿Iba a vender él las fotografías?

—Ahora estoy convencida de que sí. Y Rupert Warren lo sabía, no olvidemos que eran cómplices en su traición. ¿Y qué hace Rupert Warren? Pues, en lugar de esperar a que tu hermano venda las fotografías, y luego le dé su parte, como sin duda hacían, va al Bois de Boulogne, mata a tu hermano, y se lleva las fotografías. Otro detalle que indica que las fotos las tenía tu hermano para la venta: el sobre. Si las hubiera puesto a la venta Warren, el sobre habría sido como los que encontré en su apartamento. Pero no. Fue tu hermano quien las llevó al Bois para venderlas. Rupert Warren lo mató, se las quitó, y se fue a su apartamento. Cuando llegaron los hombres de Franz fue a tirarlas a la galería de la vecina, convencido de que tarde o temprano la CIA las recuperaría. Prefirió morir a correr el riesgo de que los hombres de Franz se apoderaran de ellas. Sabía que cuando encontrasen el cadáver de tu hermano, y luego el suyo, y vieran las balas que faltaban en su pistola, se hicieran las comprobaciones de balística y demás, la CIA sabría que él había matado a Howard Payne, y que quizá quedase como único traidor. No le importó, a fin de cuentas el otro traidor ya estaba muerto. Pero la CIA se preguntó: ¿por qué Howard Payne estaba en París mientras todos le creían en otro lugar? ¿Por qué si Rupert Warren era un traidor se había suicidado..., sin entregar a nadie el material que fuese? Porque eso estaba claro: si lo hubiera entregado, no habrían registrado su apartamento. Así que la CIA no tuvo más remedio que sospechar que también tu hermano era un traidor. Y entonces, surgió la terrible pregunta: ¿qué material había estado dispuesto a vender tu hermano a quien fuese? La única respuesta que de momento se consiguió fue ésta: un material de tal...

peligrosidad que Rupert Warren, a todas luces un traidor, se asustó hasta el punto de que decidió que habían llegado ambos demasiado lejos. Fue por eso que mató a tu hermano, y por eso se suicidó: para evitar que ese material fuese vendido, que llegase a las manos de Franz.

—¿Y ese material son las fotografías de esos militares?

—Evidentemente. ¿No es curioso? Toda la CIA buscando, los hombres de Franz buscando..., y las fotografías las tenía tranquilamente la vecina.

—Sí, es muy curioso... O sea, que Warren consiguió lo que quería: que la CIA recuperase el material.

—Momentáneamente. No olvidemos que ahora lo tiene Franz.

—Por tu culpa.

—No seas ingenuo. Los dos se lo habríamos dicho bien pronto, cuando nos hubieran... tratado adecuadamente. Era mejor estar en buenas condiciones físicas, esperando una oportunidad de salir con bien del apuro, como así ha sido.

—Eres muy lista, ¿verdad?

—No entiendo por qué estás molesto conmigo.

—La CIA me ha estado tomando el pelo como a un idiota, ¿no es así? Sospechaban de mí, así que me hicieron todo el cuento de convertirme en ayudante de ellos para sonsacarte a ti, cuando la verdad es que serías tú quien me sonsacase a mí. ¿No es eso?

—Sí.

—Y luego, eso de dejarme subir solo al apartamento de mi hermano, y decirme la frasecita escrita por Warren... ¡Todas las facilidades para que si yo era cómplice de ellos dos recogiera el material y entonces tú me darías mi merecido...! ¡No fue así!

—Sí.

—Sois unos cerdos.

Pamela Warren aspiró profundamente, y replicó:

—Odio decirte esto, Clifford Payne: no somos nosotros los que estábamos traicionando a los Estados Unidos, sino tu hermano. De modo que cualquier jugada que hiciera la CIA buscando una aclaración o una solución, estaba justificada.

Clifford Payne-Tony Lambert había palidecido intensamente. Afuera seguía nevando ligeramente. Los copos de nieve parecían amarillos a las luces del coche, y ese tono amarillo parecía teñir las

facciones del atribulado Tony Lambert.

—Tienes razón —dijo por fin, en un susurro—. Maldita sea mi suerte, tienes toda la razón. ¿Qué puedo hacer..., qué debo hacer ahora?

—Seguir conduciendo hacia Suiza. Si Rupert Warren, que era un traidor, se asustó tanto del destino que pudieran darle, hasta el extremo de asesinar y suicidarse, creo que debemos concentrar todos nuestros esfuerzos en recuperar esas fotografías... ¡Y pronto!

—¿Y cómo vamos a recuperarlas?

—No te preocupes por eso. Nosotros lo arreglaremos todo.

—Cuando dices «nosotros»..., ¿te refieres a la CIA? ¿Me excluyes a mí?

—Naturalmente. Ya te hemos utilizado lo suficiente. Y lo que sigue será sin duda peligroso, Tony.

—No soy ningún cobarde: Y puedo manejar bastante bien una de las dos pistolas que hemos conseguido.

—Te diré lo que vamos a hacer... Dentro de poco, cuando estemos cerca de la frontera, yo me esconderé en el maletero, pues no llevo pasaporte ni documentación alguna... Se quedó todo en el apartamento de Rupert Warren. ¡Supongo que tú llevas tu pasaporte a nombre de Tony Lambert!

—Sí.

—Menos mal. Aunque no creo que haya problema alguno en la frontera suiza. Como te decía, yo me esconderé en el maletero, poco antes de llegar a la aduana de Chaney. Si conseguimos pasar así, bien. Si nos detienen, avisaré a la CIA, y nos sacarán en seguida del apuro.

—¿Y si no nos detienen y pasamos?

—Avisaré de todos modos a mis compañeros en cuanto hayamos cruzado la frontera. Llamaré a Knowles a París, y le diré que avise a los compañeros de Ginebra para que nos recojan en un coche, y, sobre todo, para que envíe unos cuantos muchachos a vigilar el chalé de Franz.

—¿No debiste hacer eso ya desde Lyon?

—Lo pensé —lo miró amablemente Pamela—, pero me pareció mejor dejarle el camino libre hasta el chalé. Si mis compañeros le hubieran esperado o le siguieran, quizá se daría cuenta, y entonces no sabemos lo que podría pasar. Prefiero que llegue tranquilo al

chalé, convencido de que todo le está saliendo bien.

—Eso es un poco maquiavélico, ¿no?

—Es elemental —casi rió Pamela—. ¡Sólo elemental, Tony!

—Ya veo. Si hay algún tonto aquí, ése soy yo, y nadie más.

—No creo que seas tonto. Ni cobarde. Pero cada cual debe hacer la parte de trabajo que más encaje con sus posibilidades. ¿No estás de acuerdo?

Tony Lambert no contestó.

Estaba pensando en lo de cruzar la frontera con una preciosa rubia metida en el maletero. Le pareció fantástico. Imposible, en suma.

CAPÍTULO VII

Sin embargo, dio resultado. Tony exhibió su pasaporte americano, habló en francés y en alemán, con toda soltura, y nadie pensó que un caballero tan correcto y educado tuviera nada que ocultar. Era ya muy tarde cuando circulaban por la carretera secundaria que bordea el río Rhóne, en dirección a Ginebra, en la punta Sur del Lago Lemán, de nuevo Tony dándole vueltas a la idea.

Su hermano había sido un traidor. Muy bien, esto era ya un hecho comprobado e irreversible. ¿Y las cosas iban a quedar así? ¿No tenía que hacer él algo para... quitar el mal recuerdo de Howard Payne en la CIA?

¿Qué podía hacer? Desde luego, si Pamela llamaba a sus compañeros de la CIA a él lo dejarían aparte de cualquier acción. Ya no lo necesitarían. Es decir, que Howard Payne habría sido un traidor y Clifford Payne un muñeco en manos de la CIA.

Frunció el ceño cuando oyó los golpes que Pamela estaba dando en el maletero. La muchacha había comprendido que habían cruzado ya la frontera, que estaban camino de Ginebra, y quería salir. Una seca sonrisa se dibujó en los labios de Clifford Payne-Tony Lambert.

Cuando entraron en Ginebra no había un alma por las calles, ni circulaba vehículo alguno. El frío era tremendo. Había estado dos o tres veces en Ginebra, y le sonaba lo de Promenade des Cromptes que Scorza había mencionado. Por supuesto, Franz habría llegado ya a su chalé, pero no haría nada hasta el día siguiente. En cuanto a él, sabía que no lo admitirían en ningún hotel a aquella hora. Todo lo que podía hacer era estacionar el coche en algún sitio adecuado, y pasar la noche dentro.

¿O debía atacar ya el chalé de Franz?

¡Atacar! Una vez más se sorprendió a sí mismo. ¿Cómo iba a atacar él a nadie? Tenía dos pistolas, cierto, pero jamás había disparado contra un ser humano. Además, ¿cuántos hombres debía haber en el chalé? Si Scorza había dicho la verdad podía haber entre ocho y diez.

Tardó más de media hora en encontrar Promenade des Croquettes, sin dejar de cavilar. Y naturalmente, al encontrar el parque encontró la rué du Font-Bareau. Poco después, veía el chalé, en el que no había luz alguna. Detuvo el coche, y apagó el motor y las luces.

Era extraño, pero Pamela hacía ya rato que no golpeaba en la parte de atrás. ¿Se había desvanecido, quizá? Desde luego, si ella pasaba allí dentro toda la noche no lo iba a pasar nada bien. Sería como estar metida dentro de un frigorífico. Podía morir, incluso... Y al pensar esto un estremecimiento recorrió el cuerpo de Clifford Payne.

No podía hacer semejante cosa, no sólo por su vertiente humanitaria, sino porque Pamela le...

El coche se movió un poco, oyó un sonido no supo dónde. Alzó la mirada hacia el retrovisor, y respingó al ver alzada la tapa del maletero. Pamela Warren saltó a tierra, cerró el maletero, y fue a sentarse a su lado. Tony Lambert estaba tan sorprendido que no podía reaccionar. Simplemente, la miraba. Y ella también le miraba a él, primero le pareció que duramente, pero, de pronto, Pamela sonrió.

—Estás loco. Sé lo que estás pensando, y te digo que estás loco. ¿Qué crees que podrías hacer tú solo?

—¿Cómo has podido salir del maletero? —exclamó por fin Tony.

—Soy una bruja —rió ella—. Vamos, Tony, no es tan difícil abrir un maletero *desde dentro*. Déjate de tonterías y busca una cabina telefónica desde la que se puedan hacer llamadas internacionales.

A las dos de la madrugada, Tony Lambert se hallaba en un apartamento amplio y hermoso, confortable, que dos hombres les habían proporcionado a él y Pamela. Habían aparecido junto a la cabina telefónica apenas media hora después de que ella hubiera llamado a París, los habían recogido en un coche, y los habían llevado allí. Los dos sujetos y Pamela estuvieron conferenciando aparte de Tony, que sólo oía murmullos. Luego los dos se fueron, y

Pamela, que los había acompañado a la puerta del apartamento, regresó a la salita con Tony.

—Será mejor que durmamos un poco —dijo ella.

—¿Juntos o separados?

Pamela se quedó mirándolo fijamente. Luego fue a sentarse en sus rodillas, sin dejar de mirarlo a los ojos.

—¿A qué crees que estamos jugando? —susurró—. Esto no es una película de espías, Tony.

—Eso es lo malo, que me he enamorado de ti de verdad —masculló él—. No, me digas nada. Tranquila,

Mata-Hari:

tú a lo tuyo, ya sé que los sentimientos personales y todas esas zarandajas no cuentan para vosotros. Del mismo modo que parece no importarte mi deseo de hacer yo personalmente algo que... limpie un poco el apellido Payne. Me estáis utilizando, luego me daréis la patada en el culo, y eso será todo. Mis emociones pueden irse a la mierda, ¿no es así?

—Escucha, Tony, nosotros trabajamos en equipo. Siempre es lo sensato. Mis compañeros han ido ahora a conseguir información sobre Franz, partiendo de su domicilio, que constará en el listín, con apellido... Sabremos cosas de él, y podremos...

—No me cuentes tus proyectos de vida, ¿quieres? A menos que me incluyas en ellos. Ah, no, no te preocupes, no te pido amor, encanto, pero dime al menos si me dejaréis hacer algo que tranquilice mi conciencia, mi amor propio y mi dignidad.

—Tony, sé razonable; no estás preparado para estas cosas.

—Está bien. Ahora, haz el favor de quitar tu gordo trasero de mis rodillas y déjame en paz.

Diciendo esto, Tony Lambert se puso en pie, casi derribando a Pamela, y antes de que ésta tuviera tiempo de increparle de un modo u otro abandonó la salita, buscó un dormitorio, y se encerró en él. Sabía que le costaba mucho dormirse, pero la verdad era que estaba cansado. Se desnudó, y estaba a punto de meterse en la cama cuando la puerta se abrió, y entró Pamela.

Tony Lambert sintió como un cañonazo en el estómago. La muchacha estaba completamente desnuda, y, tras mirarlo fijamente unos segundos, preguntó:

—¿Realmente crees que tengo gordo el trasero?

Tony se pasó la lengua por los labios. El cuerpo de Pamela era tan hermoso que se sentía sobrecogido. En un instante, mil fantasías pasaron por su mente... Pero no, ella había acudido así a su dormitorio sólo para fastidiarlo más, y para demostrarle que no estaba gorda, sino que era una escultura viviente.

—Déjame en paz —consiguió mascullar, por fin.

Ella se acercó a él, y se colgó de su cuello. El calor de su carne pareció penetrar en el cuero de Tony Lambert como si éste fuese todo él una esponja.

—Y otra cosa —susurró Pamela— ¿de dónde has sacado tú que la gente como yo no tiene sentimientos ni emociones?

—Escucha —jadeó Tony—, no hace ni veinticuatro horas que nos conocemos, y seguramente antes de que transcurran otras veinticuatro nos separaremos. Ya será malo para mí, pero será peor si sigues con este juegucito. Te aseguro que no quiero ningún premio de consolación.

—Pues ¿qué quieres? —rió ella—. ¿El primer premio? Está bien, ¿cuál sería para ti el primer premio?

—Quedarme contigo para siempre. Tal vez yo no sea un héroe del espionaje, pero dime, ¿qué eres tú? ¿Una chica lista y bien preparada para jugarle la vida? De acuerdo, pero fatalmente, tarde o temprano la perderás. ¿He dicho alguna tontería?

—No —susurró Pamela—. Desde luego que no.

—Entonces, lárgate.

—Pongamos las cosas al revés... Supongamos que soy yo la que te pide un premio de consolación..., por si nunca volvemos a vernos a partir de mañana.

Pamela acercó su boca a la de Tony, que titubeó. Pero la boca de ella llegó a la suya, y sus tiernos labios se aplastaron suavemente en los suyos. El contacto fue suave y lento, pero la oleada de calor volvió a penetrar en todo el cuerpo de Tony Lambert. Sus brazos rodearon la esbelta cintura femenina, y atrajeron el cuerpo con fuerza. Pamela Warren percibió entonces su virilidad, y emitió un gemido. Tony Lambert sintió la lengua de ella. Luego todo pareció girar a su alrededor, hasta que, finalmente, ambos cayeron sobre la cama...

Por la mañana temprano el teléfono del apartamento sonó cuando, tras hacer de nuevo el amor, Pamela y Tony se estaban besando ansiosamente, reaccionando de nuevo a sus deseos. Lo dejaron sonar un poco, pero finalmente Pamela separó su boca de la de Tony, y murmuró:

—Me están llamando, Tony...

—Ya volverán a llamar.

Ella parpadeó, fue a decir algo, y él la besó de nuevo, sin dejar de acariciar el espléndido cuerpo de la muchacha, tibio, completamente desnudo junto al suyo. El teléfono dejó de sonar. Sin dejar de besar a Pamela, Tony Lambert se imaginó a un agente de la CIA dispuesto a marcar de nuevo el número, creyendo quizá que se había equivocado, o que andaban mal las líneas.

Y en efecto, antes de medio minuto el teléfono sonó de nuevo. Pamela volvió a separar su boca, y suspiró.

—Tony, por favor...

—Está bien.

Se apartó de ella, y salió de la cama. Pamela salió por el mismo lado de él, sonriente, relucientes los ojos.

—Quizá tengamos tiempo de volver a hacerlo —ofreció.

Tony Lambert movió la cabeza con un gesto de pesar. Y de pronto, su puño derecho impactó con fuerza en la barbilla de Pamela. La muchacha emitió un gemido, puso los ojos en blanco, y cayó realmente como una muñeca hacia atrás, sobre la cama, sin sentido.

En menos de tres minutos Tony Lambert la dejó sólidamente atada de pies y manos con tiras de sábana. El teléfono había dejado de sonar, por supuesto. Tony metió a Pamela en la cama, la tapó, y se vistió a toda prisa. Salió del dormitorio, recogió las dos pistolas, y las escondió bajo la trinchera, una a cada lado. Se disponía a marcharse cuando pensó algo; su ceño se frunció. Poco después había encontrado un bolígrafo, con el cual escribió algo en un trozo de papel, que fue a dejar sobre la mesita de noche. Miró a Pamela, dudó, y finalmente la besó en los labios.

—Ha sido un hermoso premio de consolación —susurró.

Cuando se marchó, el pequeño papelito seguía allí, sobre la mesita de noche. En mayúsculas, Cliffton Payne había escrito: NO LLEVES LUTO POR MI.

No parecía que hubiera nadie en el chalé, hasta el punto de que Tony Lambert llegó a pensar que Scorza les había mentido respecto a la dirección. Llevaba varios minutos por allí, y no había visto absolutamente a nadie, ni en la casa ni en el jardín. Nadie entraba, nadie salía...

Y de pronto, alguien salió. Tony se detuvo, y se quedó mirando la figura envuelta en un magnífico abrigo de pieles que se metió por detrás de la casa, para aparecer un minuto más tarde al volante de un deportivo Porsche.

Como si tuviera los pies clavados al suelo, Tony permaneció en la acera. El Porsche se detuvo al otro lado de la verja, y la muchacha se apeó y se acercó a abrirla. Tony estaba atónito: le parecía estar viendo la cara cuadrada y de ojos claros de Franz. No tuvo más remedio que comprender que estaba viendo a la hija de Franz. La muchacha abrió la verja, sacó el coche, se apeó de nuevo, y cerró. Cuando regresó al coche respingó al ver al desconocido sentado en el asiento a su derecha, y sus ojos se abrieron.

—¡Oiga usted...!

—Arranque, nena, o le meto un balazo en su cuadrada cabezota, lo juro —dijo Tony en alemán.

La muchacha palideció. Tony Lambert quedó estupefacto una vez más. ¿Eso lo había dicho él? Era una tontería increíble, claro... Pero la muchacha no debió pensar así, porque arrancó, maniobrando hacia la derecha.

—¿Quién es usted? —murmuró.

—Tony Lambert —y Tony captó el destello de incredulidad y alarma en los ojos de la muchacha—. Apuesto a que su papi le habló de mí. En cuanto a usted, no me diga más: es la hija del cabeza cúbica. ¿Cómo se llama?

—Kate... Kate Ebermeyer.

—De modo que Franz se llama Ebermeyer. De acuerdo. ¿Dónde está él ahora?

—No..., no lo sé...

—Pues será mejor que lo averigüe, porque va a tener que llamarlo para decirle que si no acude a una cita conmigo para entregarme las fotografías la voy a liquidar a usted. Supongo que no

me cree, ¿eh?

—Parece usted capaz de hacerlo —replicó Kate Ebermeyer—. Pero no puedo llamar a mi padre. Está en el lago... Navegando.

—¿Se dedica a la pesca del bacalao?

Ella le miró un instante.

—No hay bacalao en el lago —susurró.

—No se puede ser inculto. Escuche, quiero que su padre me entregue esas fotografías, y si no las tengo en mi poder antes de media hora la cosa va a terminar mal para usted. De modo que piénselo: ¿puede o no puede llamar a su padre?

—¡Le digo que está en el lago, no puedo llamarlo!

—Hay una cosita llamada radioteléfono, ¿sabe? Y no me diga que el barco de su papi no dispone de semejante adelanto.

—Es que no está en nuestro yate, sino en otro..., así que no puedo llamarlo. No sé el número, no sé nada de ese yate.

—Bueno, ya estoy viendo que usted no va a servirme de nada, jovencita. De modo que pare donde pueda. No quiero estrellarme después de volarle la cabezota. Le digo que pare.

—Puedo decirle el nombre del yate... ¡No sé nada más!

—Pues dígame el nombre del yate.

—*Du Lac*.

—Qué bonito. *Del Lago*. Y muy apropiado. ¿De quién es el yate?

—No lo sé... ¡No lo sé!

—Oiga, ¿por qué está tan nerviosa? Yo sólo quiero las fotografías, ¿comprende? Aunque me parece que debería exigir más cosas, ya puestos en esta aventura. Por ejemplo: ¿para qué quiere las fotos su papi?

—¡No lo sé!

—Pare ahí —dijo fríamente Tony, sacando una pistola y manteniéndola sobre su estómago—. Le digo que pare, nena.

—¡No tiene por qué matarme! —Casi gritó la muchacha—. ¡Al fin y al cabo podemos llegar a un arreglo!

—¿Me está ofreciendo dinero? —Se asombró Tony—. Coño, esto es nuevo. Pero claro, a fin de cuentas, todos se están moviendo por eso y nada más que por eso, supongo. Bueno, pare y hablemos de negocios.

La muchacha detuvo el coche frente al parque, aspiró hondo, y preguntó, señalando la cajuela del salpicadero:

—¿Puedo fumar? ¡Estoy tan...!

—Ya fumará. Ahora, tranquilícese y hablemos de dinero. ¿Por cuánto me compra?

—No sé... Póngase usted mismo un precio.

—Caramba, ésta es la oportunidad de mi vida. Pues no sé. Pero vamos, puestos a pedir, que sea algo sonado... ¿Le parecería mucho cinco centavos?

—¡Yo estoy hablando en serio!

—Toma, y yo también. ¿Cuánto cree que valdría mi vida si confiase en usted? Cinco centavos, como máximo, ¿no le parece? Una cosa es prometer cuando se está en apuros y otra cosa es cumplir, jovencita. Y a propósito: ¿cuántos años tiene?

—Veinticinco.

—¿Tantos? ¿De verdad? Bueno, eso tranquiliza mi conciencia, pues no quisiera haber lastimado a un bebé. Y ahora, sigamos hablando en serio; quiero esas fotog...

—Escuche, señor Lambert, usted sabe que mi padre compró a otros hombres como usted. ¿Por qué no había de llegar a un acuerdo con usted también? Pida una cantidad razonable, y se convencerá.

—Usted puede prometer lo que quiera, y su padre enviarme al infierno.

—No, señor Lambert. Supongo que no está usted solo en Ginebra, ¿verdad? Ha debido venir con otros agentes de la CÍA. Sé que no han atacado a mi padre, pues él me habría advertido. Para él, usted y la mujer que le acompañaba están muertos. Pero evidentemente, las cosas han cambiado, y no menos evidentemente, mi padre está ahora en peligro. Haga un trato con nosotros: díganos cuántos compañeros de usted le están buscando, acepte seguir trabajando para nosotros, y tendrá su recompensa. No se arrepentirá. Puedo llevarle ahora mismo con mi padre.

Tony Lambert entornó los párpados.

—Es usted toda una zorrita, ¿eh? —murmuró.

—Soy la persona que puede pagarle bien —sonrió Kate—. Mucho mejor que la CIA.

Tony Lambert fingió titubear. Y él mismo se habría sorprendido si hubiera podido ver lo bien que lo hacía.

—No sé... Además, me gustaría saber de qué va todo esto.

—Póngase de nuestro lado, y no sólo lo sabrá, sino que será rico.
—Está bien... Vamos a ver a su padre.
—De acuerdo —suspiró aliviada Kate.
Y reanudó la marcha.

CAPÍTULO VIII

Kate detuvo el coche en un extremo del embarcadero, y miró a Tony, que alzó las cejas.

—Hemos llegado —dijo ella—. Tengo ahí una lancha que está esperándome. Iremos con ella al encuentro del yate en el que está mi padre.

Tony asintió, en silencio, y salió del coche. Kate hizo lo mismo, lo cerró, y se acercó al borde del embarcadero, señalando una magnífica lancha de gran cabina, amarrada entre otras dos más pequeñas.

—¿No hay nadie a bordo? —preguntó Tony.

—No. Puede comprobarlo, si quiere. No le estoy tendiendo ninguna trampa, pues me interesan sus informes, ya que si las cosas están muy mal para nosotros aquí tendremos que marcharnos inmediatamente.

—Entiendo eso —gruñó Tony.

Saltaron los dos a la cubierta de la lancha, y entraron en la cabina. Era bastante amplia, y constaba de un diminuto comedor-aseo-cocina y un todavía más diminuto compartimento hacia proa que contenía dos o tres literas. No había nadie.

—De acuerdo —dijo Tony—. Vamos a zarpar. ¿Usted sabe pilotar este trasto?

—Desde luego.

Tony señaló hacia la cubierta, y la muchacha salió. Cuando lo hizo él, se encontró con dos pistolas ante las narices.

Su mirada saltó, sobresaltadísima, y tras las pistolas vio dos rostros conocidos: los de Kopff y Lettak.

—Vaya, vaya, vaya —dijo Kopff, sonriente—, ¡mira a quién tenemos aquí! ¿No es el hombre al que le gusta que le toquen los

huevos?

—Tiene una pistola —exclamó histéricamente Kate—, ¡quería disparar contra mí!

—Tranquila, señorita Ebermeyer —dijo Lettak—, nosotros nos vamos a encargar del señor Lambert. A ver, señor Lambert, saque esa pistola, despacio, muy despacio, agarrándola sólo con dos dedos. Si no lo hace, morirá en el acto..., y esta vez no habrá milagros.

Tony aspiró profundamente, y entregó la pistola que antes había exhibido ante Kate. Lettak la tomó, sonrió de oreja a oreja, y, de pronto, de un puntapié en el bajo vientre envió a Tony de nuevo al interior de la cabina, rodando por el suelo. Entró tras él, y cuando Tony, demudado el rostro, se movía para incorporarse, le atizó otro puntapié, ahora en pleno estómago. El pseudo-espía emitió un profundo gemido, y quedó tumbado boca abajo, inmóvil.

—Kopff, lleva tú la lancha —dijo Lettak—. La señorita Kate y yo charlaremos con el americano.

Tony lo oía todo como amortiguado. Cuando estuvo lo bastante bien para darse cuenta de su situación, ya estaban navegando lago adentro. Todavía estaba tendido en el suelo. Frente a él, ambos sentados en taburetes de la cabina, Kate y Lettak le miraban, ella con expresión de odio, él con malvada ironía.

—¿Se encuentra mejor, señor Lambert? —se interesó Lettak.

Tony no contestó. Aspiró hondo, y le pareció que estaban desgarrando su estómago.

—Ha tenido usted mala suerte —dijo Lettak—. Desde luego, le estaban respaldando dos compañeros, pero tuvieron un... pequeño accidente. Parece que no sabe de qué le hablo.

—No, no lo sé —susurró Tony.

—Pues yo se lo explicaré. Detrás de usted y de la señorita Kate, en otro coche, iban dos tipos de la CIA, ¿no lo sabía?

—No.

—Vamos, vamos... Pero eso ya no importa... los hemos dejado atrás.

—¿Los han matado?

—Demasiado aparatoso, de día y en plena ciudad. Simplemente, me las arreglé para meterles un par de balas en los neumáticos delanteros de su coche, y se quedaron atrás. Es lógico que

estuvieran vigilando la casa de Franz, así que él nos envió a recoger a su hija para llevarla al yate. Usted y la señorita Warren lo estropearon todo, malditos sean. Esta mañana, cuando Franz y nosotros salimos hacia el yate para acudir a una cita en el lago, nos dimos cuenta de que nos seguían, y nos la arreglamos para burlarles, dejando el yate de él en el muelle y recurriendo a una lancha que pedimos... prestada. Con esa lancha, Franz llegó al yate donde le esperaban, y nosotros regresamos aquí para recoger a la señorita Kate y librarla de cualquier... incomodidad, como usted y sus dos compañeros. Usted dio la cara y ellos vigilaban, ¿no?

Tony encogió los hombros. Comprendía ahora que Lettak tenía razón. La CIA, al escapársele Franz, había enviado a dos hombres a la casa, para vigilar a Kate Ebermeyer. Debían haberse sorprendido no poco al verlo a él entrar en escena, pero habían seguido el juego, pues a fin de cuentas estaban tras la hija, que posiblemente les llevaría junto al padre. Incluso era posible que hubieran pensado que él, como su hermano Howard, era un traidor, a fin de cuentas... La perspectiva era sombría a más no poder, habida cuenta de que, como fuese, la CIA había quedado descolgada. Unos cuantos agentes se habían quedado en el embarcadero del yate con dos palmos de narices; otros, en plena calle, con dos ruedas pinchadas: Pamela, en el apartamento, atada y amordazada..., y él, como el más grande de los tontos, había sido cazado. Aunque todavía tenía una oportunidad qué...

—Me parece que el señor Lambert no se siente muy feliz —rió Lettak.

—Pues debería estarlo —dijo malignamente Kate—, porque va a donde están las fotografías, que con tanto empeño me ha estado exigiendo.

—¿Me van a matar? —murmuró Tony.

—Por supuesto, amiguito —dijo Lettak—. Y esta vez nadie va a librarlo. ¿Qué pasó en Lyon con Dutreil y Scorza?

—Los matamos —encogió los hombros Tony—. Déjeme decirle algo, Kate: mi nombre no es Tony Lambert, sino Clifford Payne.

—¿Payne? —exclamó Lettak—. ¿Tiene algo que ver con...? ¡Ya decía yo que su cara me recordaba a alguien! ¡Claro! ¿Howard Payne era su hermano, entonces?

—Sí... Y me gustaría saber por qué murió, y qué significan esas

fotografías.

—Olvídelo, amiguito. No le vamos a...

—¿Por qué no? —intervino Kate—. A mí me complacerá mucho decirle en qué ha intervenido su hermano, señor Payne. El consiguió esas fotografías, que corresponden a dieciséis generales del Pacto de Varsovia. Dieciséis generales que están vendidos a la OTAN... ¿Qué le parece?

—¿Quiere decir que esos hombres están traicionando a sus ejércitos propios y a todo el Pacto de Varsovia? ¿Que están vendiendo información a la OTAN?

—Exactamente. Pero, además, esos dieciséis hombres son... militares muy peculiares. Verá, señor Payne, mi padre está ahora en un yate con un hombre al que llamamos Boris, residente y procedente de Moscú, representante de un grupo de altos personajes rusos que no están conformes con la actual situación militar y política. Boris va a escribir detrás de cada fotografía el nombre del general y el modo de localizarlo en su respectivo país o destino. Luego, se irá, dejándonos a nosotros el resto de la operación.

—¿Qué operación?

—Pues eliminar a esos dieciséis generales. Con tal fin, mi padre ha estado reclutando asesinos profesionales que ahora están en ese yate de emergencia donde ha sido recibido Boris. Y todavía tenemos que contratar muchos más asesinos, pues queremos que la operación resulte perfecta y completa.

Clifford Payne parpadeó, desconcertado.

—Lo que no comprendo es que los rusos recurran a ustedes para eliminar a esos hombres que les están traicionando.

—No son propiamente los rusos quienes están detrás de todo esto, sino *unos cuantos rusos* de las altas esferas. Digamos que oficialmente en Moscú no saben nada de esto. Pero sí hay algunos personajes que se enteraron, no sabemos cómo, de que la OTAN disponía de informadores del altísimo nivel dentro del Pacto de Varsovia. Uno de esos personajes se puso en contacto con mi padre, le dijo que sabía que se dedicaba a la compra y venta de información, y que él le iba a pagar espléndidamente si conseguía saber quiénes eran esos militares. Mi padre se puso entonces en contacto con su hermano para pedirle esa información, y finalmente, Howard Payne la consiguió. Pero sólo consiguió las

fotografías. Mi padre avisó anoche mismo a Boris, y éste ha acudido para identificar a esos militares, a fin de que mi padre ponga en marcha la operación de eliminarlos.

—Sigo sin entender por qué ese Boris está actuando particularmente.

—Esos dieciséis militares del Pacto de Varsovia no son sólo informadores de la OTAN, sino que hace tiempo están... haciendo de dique, suavizando las tensiones entre ambos bloques militares; son militares de prestigio, que, más que traidores al Pacto de Varsovia, están... realizando una labor de equilibrio pacífico entre ambos bloques, pero sin que Moscú se percate de ello. Son hombres que comprenden perfectamente lo desastroso que sería un desequilibrio entre ambas fuerzas, así que, a su manera, mantienen ese equilibrio.

—Me parece que ya entiendo... En Moscú hay algunas personas que preferirían que se produjese ese desequilibrio, así que uno de sus primeros pasos ha sido planear la muerte de esos dieciséis generales. En resumen: en Moscú hay un grupo de personajes que desean la guerra total entre ambos bloques, ¿no es así?

—Así es.

—¿Y la guerra iba a estallar porque esos dieciséis generales fuesen asesinados?

Si quienes los asesinan son agentes de la CIA, sí. Y eso es exactamente lo que va a suceder.

—¡Mentira! ¡La CIA no ya a...!

Clifford Payne calló bruscamente, y palideció. Se quedó mirando con expresión desorbitada a Kate Ebermeyer. Por fin la verdad: alguien de Moscú quería la guerra y estaba preparando la gran provocación. Era una jugada escalofriante. No sólo asesinarían a dieciséis prestigiosos generales del Pacto de Varsovia amantes de la paz, o cuando menos de la guerra tibia, sino que parecería que esos asesinatos los había llevado a cabo la CIA. Las consecuencias de esto eran imprevisibles en su exacto alcance, pero positivamente pésimas. Incluso, en efecto, podía dar lugar a represalias por parte de los del Pacto de Varsovia, que podían degenerar, finalmente, en enfrentamiento armados... La hecatombe.

—Por el amor de Dios —jadeó por fin Clifford Payne—. ¡Es una locura! ¡No pueden seguir adelante con ese plan!

—El que no va a seguir adelante en ningún sentido va a ser

usted —dijo amablemente Lettak; miró a Kate—. Estamos en un buen lugar para echarlo al fondo, señorita Kate. ¿Lo mato ya?

—No —relucieron los ojos de la muchacha—. ¡Quiero tener el placer de hacerlo personalmente! ¡Dame esa pistola!

Clifford Payne-Tony Lambert estaba verdaderamente aterrado, anonadado, pero no podía dejar pasar la oportunidad que estaba esperando. Lettak estaba tendiendo la pistola a la muchacha, y justo entonces, cuando ninguno de los dos estaba en condiciones de utilizarla con la rapidez necesaria, él metió la mano bajo la trinchera y sacó la segunda pistola.

En un instante, las expresiones de Kate y Lattek cambiaron, ofreciendo toda una gama variadísima, desde el gran asombro al tremendo sobresalto.

Plop, plop, disparó Tony Lambert.

La primera bala alcanzó a Lettak en el estómago, con blando chasquido. La segunda, cuando empezaba a inclinarse con el rostro descompuesto por el dolor, le acertó de lleno en la boca, trituró la dentadura, y subiendo por las fosas nasales se alejó en el cerebro, tirando de espaldas a Lettak, con el rostro convertido en un manchurrón de sangre, los ojos fuera de las órbitas.

El sobresalto hizo que Kate no pudiera terminar de asir la pistola, que cayó al suelo ante sus pies. La muchacha reaccionó, se inclinó a recogerla rápidamente, y Tony, rodando por el suelo, llegó al mismo tiempo, alejando la pistola de un manotazo. Kate Ebermeyer lanzó un alarido de furia, y comenzó a lanzar puntapiés contra Tony, alcanzándole una vez en el rostro, dos en un costado... Tony consiguió empujarla por un pie, derribándola, y se puso en pie dando tumbos, como borracho, sintiendo en el bajo vientre el espantoso dolor del puntapié recibido antes...

Kate también se había puesto en pie de un salto, como una gata furiosa, y de nuevo se abalanzó hacia Tony, que no tuvo la crueldad suficiente para disparar contra una mujer. Sin embargo, le dolía todo, estaba como loco de dolor y del miedo que había pasado ante la proximidad de la muerte, y su reacción no pudo dejar de ser violenta: disparó como pudo su pierna derecha, hundiendo el pie justo en el bajo vientre de Kate, que lanzó un berrido y saltó, como alcanzada por un rayo, para caer sin sentido, con los ojos desorbitados.

—Ya que sois... tan aficionados a pegar en esa parte..., ahí tienes eso... —jadeó Tony—. Y espera, que a tu padre sí que voy a tocarle los huevos...

En el momento en que se volvía hacia la entrada en la cabina, oyó la voz de Kopff:

—Pero ¿qué demonios está pas...?

La pregunta de Kopff se convirtió en un grito inarticulado de sorpresa y rabia, y metió la mano bajo su ropa en busca de la pistola. Tony Lambert extendió el brazo armado, y disparó. Kopff se estremeció fuertemente, dejó caer los brazos, y se miró, estupefacto, el manchurrón de sangre en el centro del pecho. Luego, como atónito, miró a Tony Lambert, que le contemplaba con los ojos muy abiertos.

—Hijo de p...

Plop, disparó de nuevo Tony Lambert.

El impacto de la bala lanzó a Kopff fuera de la cabina, hacia la cubierta. Tony Lambert permaneció todavía unos segundos con el brazo extendido, inmóvil, pálido. De pronto, suspiró, dejó caer la pistola, y se sentó en un taburete. Se quedó mirando a Kate. Parecía muerta. Se dejó caer de rodillas junto a ella, y la examinó. No, no estaba muerta. Seguramente, no tardaría en volver en sí, y, aunque maltrecha, seguiría siendo peligrosa...

Tony encontró unas cuerdas, y ató con ellas a Kate de pies y manos, sólidamente, casi brutalmente. Luego, se sentó de nuevo en el taburete..., y de pronto se puso en pie de un salto. ¡La lancha! ¿Quién estaba tripulando la lancha?

Recogió la pistola, y salió disparado a cubierta, apuntado hacia los mandos. No había nadie allí. Pasó por encima del cadáver de Kop, y se quedó mirando los bloqueados mandos.

—Demonios —jadeó—. ¡Demonios, demonios, demonios!

La lancha navegaba en línea recta hacia el centro del lago, a buena marcha, y por fortuna todavía no había encontrado ninguna otra embarcación en su ruta. Tony comenzó a trastear en los mandos hasta que los desbloqueó, haciéndose con el control. Hacía un frío terrible, aumentado por la velocidad de la lancha, pero Tony Lambert estaba sudando. A la derecha de los mandos vio la radio, pero no perdió tiempo intentando conseguir algún contacto útil.

La idea seguía fija en su mente, tomando forma, concretándose.

Todo lo que tenía que conseguir era divisar el yate cuyo nombre, si Kate no le había engañado, era *Du Lac*.

Lo divisó casi tres cuartos de hora más tarde, cuando se sentía congelado, como incapaz de cualquier movimiento que no fuese sujetar el volante de la lancha. Había visto varias embarcaciones, pero ninguna de ellas era el yate que buscaba... Hasta aquel momento.

Pasó muy cerca del yate, y vio el nombre en la proa. Desde la cubierta, un hombre le hacía señas, apoyado en la borda. Seguramente había identificado la lancha, pero no a él. El día era a cada instante más sombrío, como si el cielo estuviera ensuciándose. Por aquella parte del lago, hacia el centro, había un considerable oleaje que salpicaba agua helada. Agua que salpicaba a Tony Lambert, pero no a los ocupantes del yate.

¿Y quiénes eran sus ocupantes? Pues traidores y asesinos.

Exacto; traidores y asesinos que estaban tramando el gran desastre.

—Hijos de la gran puta, os voy a dar desastre —farfulló Tony.

Paró el motor, y la lancha, tras deslizarse unas decenas de metros, quedó a merced del oleaje. Tony abrió el compartimento bajo el tablero de mandos, y vio algunas latas con combustible. Muy bien. Se metió en la cabina, captando en seguida la mirada llena de odio que le dirigió desde el suelo Kate Ebermeyer. Sin hacerle caso, Tony buscó en los armarios de encima de la cocina, y encontró dos botellas de *whisky*, una de coñac, tres de champán, una de pernod. Destapó una de *whisky*, y echó un trago. La cosa estaba mejor así. Miró a Kate, y le sonrió.

—¿Quieres un trago? ¿No? Tú te lo pierdes.

Cargó con varias botellas metiéndolas dentro de una sábana que arrancó de una litera, y regresó a cubierta. Más allá, el yate *Du Lac* estaba terminando de virar, y comprendió que acudían al encuentro de la lancha a ver qué ocurría. Tony Lambert apretó los labios y vació las dos botellas de *whisky* y la de coñac. Luego, descorchó una de champán, y bebió un trago.

—Cojonudo, chico —se felicitó a sí mismo.

Comenzó a llenar las botellas recién vaciadas, con gasolina de una de las latas. Cuando tuvo llenas las dos de *whisky*, la de coñac y la de champán, se dijo que ya tenía suficiente. Confeccionó unas

mechas con trozos de sábana, y las fue metiendo en las cuatro botellas, a presión, mirando de cuando en cuando el yate, que estaba ya muy cerca. Tan cerca que, dejando lo que estaba haciendo, Tony puso el motor en marcha, y partió como una flecha, alejándose. El yate comenzó a maniobrar de nuevo.

—Sois muy listos —dijo Tony—. ¡Venid, venid!

En un minuto más tuvo preparados los cuatro cócteles Molotov. El yate estaba entonces a unos trescientos metros. En la borda distinguió tres o cuatro siluetas. Muy bien. De nuevo puso la lancha en marcha, y la gobernó hacia el yate, dispuesto a pasar por el lado de estribor. Estaba a unos cincuenta metros cuando sonó el primer disparo de rifle, y en seguida dos más. Una de las balas rebotó muy cerca de Tony, en la parte superior del cuadro de mandos. Tony fijó el volante, sacó el encendedor, lo encendió, y aplicó la llamita a la mecha de la botella de champán.

Y justo en ese momento, pasaba junto al yate, oyendo disparos y gritos, y viendo, como en una veloz fotografía, el rostro de Franz Ebermeyer en alguna parte.

—¡Franz! —gritó—. ¡Yo sí que te voy a tocar a ti los huevos!

Como si los disparos no fuesen con él, pasó a menos de seis metros del yate, lanzando la botella de champán con toda su fuerza, de modo que pasara por encima de la borda y llegara a la sala de mandos encristalada. Y si fallaba, no importaba: tenía tres cócteles más...

Pero no falló.

Por detrás de él surgió, de pronto, una bola de fuego, se oyó como un rugido, y el oscuro cielo pareció tomarse de color malva. Un instante más tarde, se oía una pequeña explosión, y casi en seguida de otra mucho más potente. Tony volvió la cabeza, mientras viraba para encarar la posición del yate... Lo hizo a tiempo de presenciar la última y más poderosa explosión. El yate reventó envuelto en luego que formó una gran bola roja de la cual se desprendió en el acto una esfera de humo negro. El espectáculo era impresionante. Parecía que el cielo y las aguas se hubieran tornado de color rojo, y hasta la bola de negro humo tenía un colorido como violáceo... El gran surtidor de agua que se había alzado, reluciente como sangre, cayó de nuevo al lago, el yate desapareció, y sólo unos cuantos restos quedaron flotando aquí y

allá.

—Para que luego digan que la bebida no sienta mal —dijo Tony—; ya ves, sólo un cóctel, y no lo ha resistido.

Sentía algo raro.

Sí, se encontraba estupendamente, como nunca en su vida. Le parecía que todo era divertido. Estaba eufórico. Se sentía capaz de todo. Pero, al mismo tiempo, sentía algo raro. Como si la sombría luz del día se estuviese apagando. ¿O eran sus ojos los que se estaban apagando?

Entonces sintió un leve dolor en alguna parte del cuerpo. Sí, era en el pecho, más o menos. Bajó la mirada, y vio la trinchera empapada de un color oscuro, de un líquido denso.

—Caramba —dijo—. ¡Parece sangre!

Le pareció que la cabeza se le iba. Sí, talmente como si escapase de sus hombros, girando, girando, girando...

ESTE ES EL FINAL

La sensación fue talmente como si estuviera sacando la cabeza de un pozo oscurísimo, y fuese vislumbrando la luz del sol. La luz fue pronto cegadora, y comenzó a parpadear. Había como círculos de luz en todas partes, como pequeños remolinos que girasen. Dentro de uno de esos remolinos vio un rostro maravilloso, y entonces sonrió.

El rostro se acercó, y prendidas en los bellísimos ojos Clifford Payne vio dos lágrimas.

—Tony..., Tony, ¿cómo te sientes? —Tembló la voz de Pamela Warren.

¿Tony? Ah, sí. El era Tony Lambert. Y ella era Pamela Warren. Pero no. No, no, no, no... Claro que no se llamaba así. ¿Cómo debía llamarse en realidad?

—Tony... Tony, todo está bien, estás a salvo, en un hospital... Ya te han operado, todo va bien.

La voz llegaba de muuuuyyyy lejos. Pero el rostro seguía allí, moviendo los labios. El había besado aquellos labios. Premio.

—Te encontramos —decía la voz—. ¡Oh, Dios mío, Tony, no debiste hacer aquello! ¡Has estado a punto de morir!

O sea, que estaba vivo. Curioso. Chocante. Fascinante. Admirable. Cojonudo, vamos.

—Encontramos a la hija de Franz, y nos lo explicó todo. Nos dijo el nombre del ruso que estaba con su padre en el yate, y hemos pasado la información a los rusos, para que destruyan el complot. Tony, todo ha terminado maravillosamente, seguimos teniendo los informadores del Pacto de Varsovia, pues las fotos se destruyeron... Tony, ¡no sabes bien lo que has conseguido tú solo! ¡Eres un héroe!

—¿Qué? —pensó Tony Lambert—. ¿De cachondeo, nena?

Parecía que todo se estaba oscureciendo. Cayó de nuevo en el pozo.

Volvió a sacar la cabeza de él, no supo cuánto tiempo después. El rostro bellísimo seguía allí. A él, aquel rostro le recordaba algo. Ah, sí... Aquella noche... Sintió una mano en el rostro, y sonrió.

—Hoy está mucho mejor —oyó una voz de hombre—. Está fuera de peligro, Stefanie.

—No me importa. Me quedo con él. Va a tener el Primer Premio.

—¿Lo has pensado bien?

—El tenía razón: ¿qué soy yo, a fin de cuentas? ¿Qué somos todos? Máquinas bien entrenadas..., hasta que alguien las estropea. Me quedo con él.

—Piensa que...

Ah, sí, ya lo decía él. Stefanie. Se llamaba Stefanie, no Pamela Warren. ¡Qué nombre tan bonito: Stefanie! Stefanie, te quiero. Sonaba bien, muy bien. Stefanie, te quiero. ¡Vaya si sonaba bien!

—Yo también te amo, Clifford —oyó, lejos, muuuy lejos.

Clifford Payne volvió a sonreír..., mientras volvía a hundirse en el oscuro pozo, ahora muy lentamente, muy suavemente. Pero esta vez no le importaba.

Sabía que cuando de nuevo regresara a la superficie, ella estaría allí, esperándole.

Así que todo estaba bien.

Todo estaba perfectamente.

FIN



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle...